1.c) Capítulo 4: La recuperación de la burguesía, 1921-1929. (p.p. 137-170)

BARBARIE Y CIVILIZACIÓN

UNA HISTORIA DE LA EUROPA DE NUESTRO TIEMPO

Bernard Wasserstein

Traducción de
Isabel Ferrer y Carlos Milla



HISTORIA

destinados a resolver problemas y recursos para imponer su autoridad en los casos de violaciones flagrantes de la normativa acordada. Los estatutos de la Sociedad, su documento fundador y una especie de constitución mundial, fue incluido en el Tratado de Versalles. El artículo X de los estatutos definía así la principal función de la Sociedad: «respetar y preservar de agresiones externas la integridad territorial y la independencia política existente de todos los miembros de la Sociedad». Desde el principio, la Sociedad se vio maniatada por debilidades institucionales y realidades internacionales. No tenía unas fuerzas armadas permanentes propias, y aunque los estatutos preveían la imposición de sanciones económicas y, si era necesario, militares contra un agresor, estas cláusulas carecían de fuerza. Si bien parecía aspirar a una autoridad universal, la Sociedad nunca logró nada parecido a una integración universal de todas las naciones. Al principio, los países derrotados fueron excluidos y el Senado norteamericano bloqueó la incorporación de Estados Unidos. La Unión Soviética no se unió hasta 1934. A pesar de sus grandes ambiciones, de la imponente sede que acabaría construyéndose en Ginebra y de su entregado cuerpo de funcionarios internacionales, la Sociedad nunca perdió del todo el aspecto de club anglo-francés.

Los tratados fueron condenados por los países derrotados y por otros, que los tildaron de paz cartaginesa. Los detractores señalaron que los pacificadores hablaban mucho del principio de autodeterminación nacional cuando en realidad habían privado a las Potencias Centrales de gran parte de su territorio y de viabilidad económica. Los tratados estaban más en deuda con el realismo de Clemenceau que con el idealismo de Wilson. Sin embargo, después de las imposiciones a Rusia en Brest-Litovsk, Alemania tenía pocas razones para quejarse en Versalles. Siguió siendo en germen una gran potencia.

El detractor más mordaz e influyente de los tratados fue John Maynard Keynes, que formó parte de la delegación británica en París como experto económico pero dimitió con «sufrimiento y rabia».[59] En *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), denunció el Tratado de Versalles tanto por razones morales como prácticas, sosteniendo que las exigencias económicas a Alemania representaban un «acto de expoliación e insinceridad». Tras un análisis pesimista de las posibilidades de Alemania para pagar, concluyó que la elevada factura en concepto de reparaciones presentada por Francia y Bélgica «despelleja viva a Alemania año tras año a perpetuidad». También señaló los peligros inherentes a la renuencia de Estados Unidos a perdonar o reducir las grandes deudas de sus aliados, que en total ascendían a más de siete mil millones de dólares. En caso de no renegociarse estas deudas, predijo que «la guerra habrá acabado con el intolerable resultado de que los Aliados se pagarán indemnizaciones entre sí en lugar de recibirlas del enemigo». Advirtió: «Si nos proponemos deliberadamente el empobrecimiento de Europa Central, la venganza, me atrevo a predecir, no flaqueará».[60] Su madre pensó que se comprometía «demasiado con una profecía propia de un Jeremías».[61] Pero como dice su biógrafo, Keynes tuvo «una inquietante sensación de amenaza; la sensación de una civilización *in extremis*; de la multitud ciega esperando su turno para usurpar la herencia que se viene abajo».[62]

La recuperación de la burguesía 1921-1929

Somos los hombres huecos
somos los hombres rellenos
apoyados uno en otro
la mollera llena de paja. ¡Ay!
Nuestras voces resecas, cuando
susurramos juntos
son tranquilas y sin significado
como viento en hierba seca
o patas de ratas sobre cristal roto
en la bodega seca de nuestras provisiones

T. S. ELIOT
Inglaterra, 1925*

Los dolores de la transición

Después de la guerra y la revolución, la transición europea hacia condiciones más estables fue un proceso doloroso e imperfecto en todas partes. Tanto vencedores como vencidos quedaron con cicatrices duraderas que resultaron difíciles o imposibles de cerrar. La idea de que las potencias derrotadas podían pagar los daños derivados de la guerra fue un espejismo engañoso. No sólo se registraron costes en vidas humanas, sino también en infraestructuras económicas destruidas, vínculos sociales rotos, construcciones políticas desmoronadas y psicologías colectivas traumatizadas.

El número de muertos durante la guerra en la mayoría de los países beligerantes fue tan grande que provocó significativos desequilibrios demográficos. Se perdieron en total 9,5 millones de vidas de soldados. Alemania y Rusia sufrieron el mayor número de bajas en términos absolutos. Perecieron entre 1,6 y 1,8 millones de soldados alemanes. En noviembre de 1917, Rusia llevaba al menos 1,7 millones de soldados muertos, eso sin contar los cientos

* De «The Hollow Men», T. S. Eliot, *Selected Poems*, Londres, 1954, 77 [trad. de José María Valverde, p. 103, en *T. S. Eliot, Poesías reunidas 1909-1962*, 5.ª ed., Madrid, Alianza, 1989].

de miles de la posterior guerra civil. En Francia, con una población menor, la pérdida de 1,4 millones de soldados tuvo un impacto demográfico aún mayor. Murieron al menos 1,2 millones de hombres del ejército austro-húngaro, muchos de los cuales no eran austríacos ni húngaros. Las bajas militares británicas, sin contar las del imperio, ascendieron oficialmente a 548.749, pero, según investigaciones recientes, la cifra de 723.000 podría ser más exacta. Las campañas espantosamente inútiles de Italia en el Isonzo elevaron el número de víctimas mortales a 560.000. Las fuerzas armadas turcas perdieron a 437.000 hombres. Los estados balcánicos también perdieron a centenares de miles de militares y civiles. En muchos casos, siguen ignorándose las cifras exactas: las estimaciones variaron enormemente y se exageraron o minimizaron por razones nacionalistas. Cientos de miles, sobre todo en el este de Europa, perecieron de hambre y enfermedades relacionadas con la guerra. En 1918-1919, una pandemia de gripe mundial segó las vidas de otros cuantos millones.

Los muertos —o al menos aquellos que se encontraban— eran enterrados: en Flandes, Bélgica y en el noreste de Francia, los cementerios de caídos en la guerra, con sus líneas geométricas de losas blancas idénticas, extendiéndose a veces hasta el horizonte, dejaron un estigma de Caín en el paisaje.

Incluso más visible, para la siguiente generación, fue el número mucho mayor de heridos de guerra. Un total de ocho millones de hombres quedaron incapacitados permanentemente. Italia tuvo más de novecientos mil heridos. En Alemania medio millón de hombres sufrieron amputaciones. Otros padecieron heridas psicológicas que no se reconocieron ni se entendieron del todo. Si bien se habló mucho de los padecimientos de los heridos, la compasión tuvo sus límites. Las voces roncas y la tos convulsiva de los afectados crónicos por las quemaduras de gas ofendían al oído. A muchos les desagradaba ver a hombres cojear con miembros amputados o el rostro terriblemente desfigurado. En Francia, se asignaron asientos especiales a los *invalides de guerre* en el transporte público y 1,2 millones recibieron pequeñas pensiones y atención médica gratuita durante el resto de sus vidas. En Alemania y Austria, a partir de 1919, un dos por ciento del personal contratado por las empresas públicas y privadas debía estar constituido por discapacitados de guerra. Una quinta parte de todo el presupuesto nacional de Alemania en la década de 1920 se asignó a pensiones de guerra (cifra comparable al 7-8 por ciento de Gran Bretaña). Pero en general los discapacitados fueron abandonados a su suerte por sociedades desagradecidas. La mayoría de los heridos tuvieron dificultades para reincorporarse al mundo laboral y se convirtieron, incluso más que los veteranos en general, en un segmento marginado y resentido de la sociedad de entreguerras.

Los efectos económicos de la guerra fueron de gran alcance y en ciertos aspectos irreparables. Se desbarataron estructuras comerciales, se desestabilizaron las divisas, se destruyó capital nacional. Las líneas de ferrocarril, en particular, se hallaban en un estado de deterioro rayano en la ruina. La reconstruccion requería grandes inversiones que la población agotada por la guerra y contraria a los impuestos era reacia a pagar. En lo que se refiere a la simple destrucción física de edificios y capital industrial fijo, Bélgica y el noreste de Francia habían sufrido los daños más devastadores. Sin embargo, pronto se

reconstruyeron puertos, puentes, canales y líneas férreas; volvieron a abrirse minas y fábricas, y la zona no tardó en recuperar su primacía industrial anterior a la guerra. El sufrimiento de ciertas partes del este de Europa no fue menor. En Letonia, tras la marcha de los sucesivos invasores, una cuarta parte de las granjas habían sido asoladas (el 11 por ciento de los edificios estaban destruidos por completo y el 14 por ciento parcialmente). Se calcula que en Polonia se derribaron 1.651.892 edificios. Otras heridas económicas menos tangibles se curaron más despacio o no llegaron siquiera a curarse. La desintegración de Austria-Hungría y la presteza con que los estados sucesores impusieron aranceles para protegerse tanto de sus antiguos opresores como unos de otros atrofiaron el crecimiento de la economía de todo el este y el centro de Europa durante el período de entreguerras.

Sin embargo, el cambio más significativo a largo plazo en su posición económica relativa fue el de Gran Bretaña. Aun sin hundirse del todo, su lugar en la economía mundial se vio seriamente afectado. Las inversiones británicas en ultramar se redujeron alrededor de un 15 por ciento debido a la necesidad de financiar la guerra y la pérdida de activos en Rusia y países enemigos. Japón superó a Lancashire como mayor productor y exportador mundial de telas de algodón. Las deudas de guerra de Gran Bretaña, sobre todo a Estados Unidos, eran inmensas. Con el aumento del déficit comercial, la posición de la libra esterlina como divisa de reserva se debilitó enormemente. Nueva York sustituyó a Londres como principal centro financiero internacional. La economía británica imperial dejó de ser el sol en lento enfriamiento alrededor del cual giraba el resto del mundo. Las economías de Estados Unidos y Japón crecieron a toda velocidad en la década de 1920, pero ni una ni otra llegaron a ocupar un lugar equivalente al de Gran Bretaña antes de la guerra como centro de gravedad económica.

Todos los países europeos habían experimentado inflación en tiempos de guerra que, tras una breve pausa después del alto el fuego, volvió a dispararse. En marzo de 1919, con la retirada del apoyo estadounidense, Gran Bretaña se vio obligada a devaluar la libra: al final del año, el valor de la libra cayó de 4,76 dólares a 3,81. Esto contribuyó a avivar el *boom* inflacionario. En 1920, con respecto a los niveles anteriores a la guerra, el índice del coste de la vida se había multiplicado por 2,8 en Gran Bretaña, por 4,2 en Francia y por 11,6 en Alemania. A finales de 1920, se había frenado la inflación en Gran Bretaña, Francia y Escandinavia. Pero se pagó un alto precio. En Gran Bretaña, el «Hacha de Geddes» (por sir Eric Geddes, que estuvo al frente de una comisión gubernamental que impuso recortes drásticos en el gasto) redujo el gasto público en un 20 por ciento. La medida consiguió frenar la inflación: el índice del coste de la vida pasó de 152 a 107 entre 1920 y 1924. El *boom* dio paso rápidamente a una profunda recesión. Cientos de miles de soldados desmovilizados pasaron a engrosar las listas del paro. El número de desempleados pasó del 2 por ciento de la población activa en 1920 al 10 por ciento en 1924 y se mantuvo persistentemente por encima de este nivel a lo largo de casi todo el período de entreguerras.

En la mayor parte del centro y el sur de Europa siguieron subiendo los precios, y en Austria, Alemania, Hungría, Polonia y Rusia se desató una hiper-

inflación, un fenómeno aterrador en un continente que apenas lo había experimentado desde hacía un siglo o más. En Alemania, la enorme deuda de la guerra, la perspectiva de onerosas reparaciones y el empeño del gobierno en no pagarlas destruyeron toda confianza en el papel moneda. El marco, que había estado vinculado al oro a un valor de 24 centavos norteamericanos hasta 1914, valía 12 centavos en diciembre de 1919. Bajó a un centavo en febrero de 1920. Tras un breve respiro, reanudó su caída en septiembre de 1921, alcanzándose cambios de 349 marcos el dólar en junio de 1922 y 7.500 en noviembre. La inflación prácticamente devoró los ahorros de toda la vida de muchos alemanes de clase media que habían invertido, a su juicio de manera conservadora, en instrumentos financieros. No sólo sus expectativas, sino su confianza como clase, se vinieron abajo. Los funcionarios y pensionistas se vieron especialmente afectados. La experiencia dejó una profunda huella en la sociedad alemana, infundiendo un intenso miedo a la inflación que atormentó a los planificadores de políticas a lo largo de la siguiente década.

Tras estas alteraciones económicas de alcance mundial se hallaba el enorme peso de la deuda de la guerra y las reparaciones. Las deudas de guerra entre los aliados, sobre todo a Gran Bretaña y Estados Unidos, ascendían a casi 16.000 millones de dólares. El mayor acreedor era Estados Unidos, al que se le adeudaban más de 9.000 millones de dólares. El principal deudor era Francia, que debía 3.700 millones de dólares, un poco más de la mitad a Estados Unidos y el resto a Gran Bretaña. Rusia debía 3.400 millones de dólares a Gran Bretaña y Francia, aunque de todos modos había decidido no pagar. La mayor parte de la deuda contraída por Rusia era con Gran Bretaña, pero el impacto fue mayor en Francia, donde los poseedores de bonos rusos, que según los cálculos ascendían a 1,5 millones, en su mayoría pequeños inversores, reaccionaron con rabia impotente. (En 1986, el gobierno soviético accedió por fin a compensar con 120 millones de dólares a los británicos poseedores de bonos rusos adquiridos antes de 1917. En 1990, la URSS aceptó en principio indemnizar también a los franceses, pero en el momento de desintegrarse la Unión Soviética en 1991 no se había realizado ningún pago.) Todos los países deudores se encontraron con grandes dificultades para saldar las deudas e intentaron renegociarlas. La oposición de la población norteamericana a condonarlas o a conceder moratorias quedó resumida en las famosas palabras del presidente Coolidge: «¿Acaso no contrataron ellos los créditos?». Entre 1923 y 1926, la Comisión de Deudas de Guerra de Estados Unidos llegó a acuerdos con todos los países deudores (salvo Rusia) por los que se retrasaron los plazos y se redujeron los intereses. Pero la carga económica siguió pesando, y Gran Bretaña y Francia dependían de las reparaciones de Alemania para satisfacer los pagos a Estados Unidos. Cuando las reparaciones cesaron, también se interrumpió la devolución del dinero. Al final, sólo Finlandia saldó la deuda, relativamente pequeña, y ésta es una de las razones del especial afecto de los norteamericanos por ese país a mediados de siglo.

Las reparaciones después de una guerra no eran una novedad en la historia europea. La propia Alemania había exigido a Francia una «indemnización» de mil millones de dólares después de la Guerra Franco-Prusiana de 1871 y había aspirado a recibir grandes sumas de Rusia después del Tratado

de Brest-Litovsk. Las imposiciones a Alemania después de su derrota parecían astronómicas, aunque desde un punto de vista estrictamente económico y no político, estaban dentro de las posibilidades del país. La cantidad total fue establecida por la Comisión de Reparaciones en 1921 en 33.000 millones de dólares, pagaderos a Francia (el 52 por ciento), a Gran Bretaña y al Imperio británico (el 22 por ciento), a Italia (el 9,3 por ciento), a Bélgica (el 8 por ciento), a Yugoslavia (el 5,9 por ciento) y a otros (el 3 por ciento). Alemania declaró que no podía hacer frente a esa suma e intentó en vano regatear con los aliados. Poincaré, que accedió al cargo de Primer Ministro francés en enero de 1922, tenía la firme determinación de exigir a Alemania el cumplimiento de todas sus obligaciones.

En enero de 1923, Francia y Bélgica, exasperadas por la obstinación de Alemania, enviaron tropas de ocupación a la región industrial alemana más importante, la cuenca del Ruhr, como «*gage par excellence*» para forzarla a pagar. En respuesta, el gobierno alemán pidió resistencia pasiva a la población de la región ocupada. Las huelgas de funcionarios y trabajadores de los ferrocarriles, las minas y las acerías impidieron a los aliados apoderarse de las «garantías productivas». Con la esperanza de aprovechar la oportunidad para asegurarse la frontera oriental de una vez por todas, los franceses impulsaron un movimiento separatista en Renania. Se produjeron refriegas y murieron varios centenares de personas. El gobierno alemán concedió grandes créditos a los industriales de la cuenca del Ruhr. El consiguiente aumento en el gasto provocó una repentina subida del déficit público.

La consecuencia fue una aceleración de la hiperinflación y el hundimiento absoluto del marco. En junio de 1923, el marco había caído a 100.000 el dólar. Años después, se difundió el mito de que el exceso de celo mostrado por los aliados en la exigencia del pago de las reparaciones fue la causa de la hiperinflación, lo que, como mucho, es una verdad a medias. La causa inmediata del paroxismo final fue que el gobierno alemán financió la resistencia a las reparaciones. Las tiendas se negaron a aceptar dinero, empezaron a escasear los alimentos, muchos murieron de hambre y se desataron disturbios.

En agosto de 1923, el político centrista Gustav Stresemann (lámina 17) formó un nuevo gobierno de coalición con apoyo socialdemócrata. Stresemann era nacionalista pero también realista. Pidió el cese de la resistencia pasiva y empezó a buscar una salida. El 21 de noviembre, el marco estaba a 4.210.500.000.000 el dólar. Stresemann capituló ante las exigencias de los aliados y consiguió estabilizar la moneda. A final de mes, fue sustituida por una nueva moneda, el *rentenmark*, al cambio de un billón de marcos antiguos por uno nuevo. La moneda recién acuñada no tenía respaldo en oro; se basaba en una hipoteca ficticia avalada por toda la tierra productiva alemana. Su éxito inmediato no se debió tanto a eso como a las restricciones sobre la masa monetaria y los intentos de acabar con el déficit presupuestario por parte del gobierno. Para ello, no obstante, había que resolver previamente el problema de las reparaciones.

Una comisión encabezada por el general estadounidense Charles G. Dawes recomendó nuevas condiciones para la reparación. Se fijó un nuevo calendario de pagos, empezando por 250 millones de dólares el primer año y

subiendo hasta 625 millones anuales después de cinco años. La cantidad total a pagar quedó abierta. El Plan Dawes fue aprobado por una conferencia internacional en Londres en agosto de 1924. El gobierno alemán equilibró su presupuesto y sustituyó el *rentenmark* por el *reichsmark*, vinculado al oro según el valor anterior a la guerra. Se reunieron fondos para un crédito destinado a financiar los pagos de la reparación, siendo la mayor aportación de Estados Unidos, donde el crédito se sobresuscribió once veces. Este reciclaje del flujo de capital resolvió el problema, eso mientras los norteamericanos estuvieron dispuestos a prestar su dinero. La cantidad total abonada por los alemanes en concepto de reparaciones entre 1918 y 1932 fue de algo menos de seis mil millones de dólares. En lo que se refiere a la alteración del sistema económico internacional y las relaciones diplomáticas, tuvo un valor muy dudoso para los receptores.

La resolución de la deuda y los problemas de las reparaciones pareció, durante un tiempo, restaurar la estabilidad económica internacional. La nueva confianza se reflejó, en abril de 1925, en el retorno de Gran Bretaña al patrón oro, un paso que puso de manifiesto el esfuerzo por reafirmar la primacía de Londres como centro económico mundial. El ministro de Economía, Winston Churchill, con ciertos recelos pero confiando en los consejos de la mayoría de los expertos, devolvió la libra a su paridad anterior a la guerra: 4,86 dólares. El gobernador del Banco de Inglaterra, Montagu Norman, defendió el cambio con firmeza; Keynes se opuso. La «conquista normanda» hizo un llamamiento al instinto patriótico y fue justificada en consonancia: el *Times* defendió la «necesidad [de la libra] de mirar el dólar a la cara».[1] Keynes criticó la decisión en *Las consecuencias económicas del Sr. Churchill*. La experiencia de los siguientes seis años confirmó los argumentos de Keynes. La sobrevaloración de la libra redujo gravemente la capacidad de venta al extranjero de Gran Bretaña. En 1929, la exportación de artículos manufacturados todavía era un 19 por ciento inferior a la de 1913, mientras que la mayoría de sus competidores del oeste de Europa, salvo Alemania y Suiza, habían superado con creces sus exportaciones anteriores a la guerra. En pocos años, el «retorno a la paridad» no sólo fue insostenible sino que además supuso un costoso error político y económico.

El aparente restablecimiento de la estabilidad económica internacional inauguró un breve período de expansión y prosperidad relativa. La producción industrial en las economías avanzadas de Europa (Austria, Gran Bretaña, Checoslovaquia, Francia, Alemania, Escandinavia y los Países Bajos) aumentó un 23 por ciento entre 1925 y 1929. En Suecia, el PNB creció un 19 por ciento, en Francia un 18, en Alemania un 10 y en Gran Bretaña un 7. La productividad relativamente baja de Gran Bretaña fue indicio de su incapacidad para diversificarse a partir de industrias caducas y en declive, como la manufactura de algodón y la construcción naval, las cuales ya no podían competir de una manera eficaz en los mercados mundiales. Sin embargo, estaban produciéndose cambios en la estructura económica, incluso en Gran Bretaña. Nuevas industrias basadas en los avances científicos se desarrollaban a gran velocidad en Europa Occidental: ingeniería eléctrica, productos químicos, rayón, radios, automóviles y electrodomésticos. En Francia, por ejemplo, la producción anual de automóviles particulares pasó de 121.000 en 1925 a 212.000 en 1929,

cifra que no volvió a alcanzarse hasta 1950. El crecimiento de la productividad se logró mediante la aplicación de métodos racionalizados en la cadena de producción y técnicas de gestión científica del trabajo «tayloristas» llegadas de Estados Unidos. Una nueva clase directiva empezó a desplazar a los empresarios paternalistas a la antigua usanza.

El sistema capitalista, que parecía al borde del colapso en 1917-1919, protagonizó pues una revitalización impresionante, aunque temporal. Pero la recuperación fue frágil, dispar, y se vio afectada por el alto nivel de desempleo estructural que prevaleció obstinadamente en casi todas las economías europeas. Los costes sociales y políticos se pondrían de manifiesto en el siguiente descenso del ciclo económico.

La revolución contenida

En Rusia, como en la Europa capitalista, la estabilización estuvo a la orden del día a partir de la primavera de 1921. La estructura institucional básica del régimen soviético había cuajado. La República Soviética Federal Socialista Rusa, fundada en 1918, expandió su dominio por la mayor parte del antiguo imperio zarista, a excepción de la franja de territorio en las fronteras occidentales. El nuevo imperio recibió forma constitucional el 30 de diciembre de 1922 con la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Originariamente eran cuatro repúblicas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia. Después, Azerbaiyán, Georgia, Armenia y cinco regiones de Asia central fueron reconocidas como repúblicas independientes. Se suponía que todas estaban en igualdad de condiciones y teóricamente tenían derecho a separarse. En la práctica, Rusia, con un área y una población mayores que las de todas las demás juntas, dominaba al resto. Era un estado de un único partido en el que el Partido Comunista (nombre que adoptaron los bolcheviques a partir de 1918) monopolizaba el poder. En los primeros años, se permitió en el seno del partido una forma limitada de debate político, siempre y cuando, una vez tomadas las decisiones, se respetaran sin cuestionarlas. Pero pronto salieron a la luz los severos principios disciplinarios que habían caracterizado a los bolcheviques desde la escisión del Partido Socialdemócrata en 1903. Se reprimieron las críticas internas y, en 1921, en la primera de las numerosas «purgas» que caracterizaron al nuevo régimen, se expulsó a una cuarta parte de los 650.000 miembros del partido. La pertenencia al partido se convirtió en requisito para ascender en los cargos oficiales. Durante las siguientes dos décadas, una nueva élite, compuesta en su gran mayoría por no proletarios, sobre todo administrativos, fue tomando poco a poco el mando del estado proletario. Al frente del partido estaban el Comité Central y su grupo dirigente interno, la Oficina Política o Politburó, que al formarse en 1919 contaba con cinco miembros: Lenin, Trotski, Stalin, Kámenev y Nikolái Krestinski.

Al final de la guerra civil, los nuevos dirigentes de Rusia presidían un país que atravesaba una grave crisis social y económica. El «comunismo de guerra» lo había sumido en el caos, la anarquía y la miseria. Con la pérdida de valor del dinero, la gente recurrió al trueque, el mercado negro y la delincuencia. Se cal-

culaba que siete millones de huérfanos vivían en la calle. Bandas de niños famélicos erraban por el país, viviendo del robo, la mendicidad y la prostitución. La producción industrial prácticamente cesó. El transporte se quedó paralizado. No había combustible. Proliferaban las enfermedades: sólo en 1920 murieron 834.000 personas de tifus. La región de Tambov, en las tierras altas al oeste del Volga, se vio sacudida por una revuelta de campesinos generalizada en el otoño de 1920. Miles de personas se unieron a un «Ejército Verde», reprimido con una diligencia despiadada por una Comisión Especial para la Lucha contra el Bandolerismo. El jefe de la comisión informó a Lenin: «En general la mayoría de los campesinos identificaba al régimen soviético con visitas relámpago de comisarios o plenipotenciarios que eran muy valientes a la hora de dar órdenes a los Comités Ejecutivos [de los distritos] y a los sóviets de los pueblos y se dedicaban a encarcelar a los representantes de estos organismos de autoridad local por el incumplimiento de requisitos a menudo bastante absurdos».[2] La cosecha de 1920 apenas produjo la mitad del volumen habitual. Al año siguiente, una grave sequía en la región del bajo Volga la redujo aún más. Los campesinos se resistieron desesperadamente a los intentos de requisar el grano y de obligarlos a formar parte de pelotones de trabajos forzados. La hambruna asoló la tierra. Hordas de personas famélicas abandonaron las ciudades y dieron batidas por el campo en busca de comida. Corrieron tenebrosos rumores acerca de la práctica de canibalismo. Una mujer de un pueblo del valle del Bajo Volga, al ser hallada con su hijo comiéndose a su marido muerto, dijo: «No lo entregaremos. Lo necesitamos para comer. Es de nuestra propia familia y nadie tiene derecho a quitárnoslo».[3] Posiblemente en 1920-1923 murieron de hambre hasta cinco millones de personas. En agosto de 1921, para su humillación, el régimen soviético se vio obligado a aceptar la caridad del mundo capitalista: una misión de ayuda norteamericana organizada por Herbert Hoover y Fridtjof Nansen importó alimentos y medicamentos por un valor de más de sesenta millones de dólares. En el momento culminante de la operación, a mediados de 1922, la misión daba de comer a más de diez millones de personas al día.

Al mismo tiempo, Lenin se había visto obligado a cambiar de rumbo. El principal desencadenante de este cambio de dirección fue el estallido, a principios de marzo de 1921, de una revuelta antibolchevique en la base naval de Kronstadt, un poco al oeste de Petrogrado. A los marineros decepcionados se unieron soldados y obreros, muchos de los cuales habían merecido laureles revolucionarios por su participación en los acontecimientos de 1917. Los rebeldes hicieron público un manifiesto condenando la Revolución de Octubre: había prometido la emancipación pero produjo «una esclavitud del individuo aún mayor». Denunciaron las «cámaras de tortura de la Cheka, que por sus horrores sobrepasan con creces la administración policial del régimen zarista». Y expresaron una crítica que, en boca de trabajadores, no de intelectuales, tuvo una fuerza especial: «Pero lo más odioso y criminal que han creado los comunistas es la servidumbre moral: han llegado incluso a manipular la vida interior de los trabajadores y a obligarlos a pensar únicamente a la manera comunista».[4] El gobierno condenó la revuelta tachándola de conspiración contrarrevolucionaria. Tras un primer asalto fallido a Kronstadt del

Ejército Rojo, se envió a cincuenta mil hombres, incluidos varios miles de voluntarios del Partido Bolchevique, para someter a los insurgentes. Murieron miles de hombres en los enfrentamientos; los rebeldes supervivientes huyeron por el hielo hasta Finlandia o fueron capturados y ejecutados tras someterlos a juicios sumarísimos.

Kronstadt fue una seria advertencia para el gobierno bolchevique. Si estos proletarios incondicionales podían volverse contra el régimen soviético, era evidente que éste no sobreviviría sin un cambio radical de política. Incluso antes de Kronstadt, se habían visto señales de un inminente cambio de línea; pero la rebelión «fue el relámpago —dijo Lenin— que iluminó la realidad mejor que cualquier otra cosa».[5] Condujo directamente a la Nueva Política Económica (NEP). Si la revolución en Rusia no podía sostenerse con el apoyo de los gobiernos proletarios de Occidente, no le quedaba más remedio que hacer concesiones a los campesinos en la propia Rusia. Ésa, en todo caso, fue la justificación teórica para el cambio. Lenin admitió que «el efecto será la revitalización de la pequeña burguesía y del capitalismo basándose en cierto grado de libre comercio (aunque sólo sea local)». Pero reconoció lo que ya saltaba a la vista: que seguir intentando destruir por completo los mercados sería suicida.[6] El NEP representó un abandono en bloque del «comunismo de guerra». Dejaron de requisar el grano. Suprimieron el racionamiento. Entregaron casi todas las tierras de siembra a los campesinos. Permitieron la vuelta a la empresa privada con restricciones. Aunque el estado conservó el control de los bancos, las líneas de ferrocarril, las minas, la industria pesada y el comercio exterior, los pequeños industriales privados y los comerciantes pudieron reanudar sus actividades. Se aceptó capital occidental, aunque tampoco llegó mucho. Se firmó un acuerdo de comercio exterior con Gran Bretaña. En 1922, fracasó un intento de reformar la moneda, con respaldo en oro. A continuación, estalló la «crisis de las tijeras» de 1923, en que los precios de los productos industriales subieron vertiginosamente al tiempo que bajaron los agrícolas. Para 1923-1924, el gobierno aprobó un presupuesto equilibrado: al año siguiente incluso hubo superávit. Se introdujo un nuevo rublo en 1924 y por fin se puso freno a la inflación. En 1925, se restauró cierto orden económico. A esas alturas, alrededor de la mitad del comercio interno estaba en manos privadas. En 1926, el tráfico ferroviario había vuelto a los niveles de 1913. Para entonces, la Nueva Política Económica había demostrado ser un claro éxito: las enormes pérdidas de ganado desde 1913 casi se habían subsanado. Pese a la escasez crónica de grano en el mercado, la actividad económica general había vuelto a los niveles de 1913 en muchos sectores. Como subproducto, surgió un nuevo tipo de personalidad, el «hombre NEP», el pequeño empresario, una especie de nuevo burgués, que pronto se convertiría en una figura odiada.

Así pues, el último logro de Lenin fue dar a la Rusia soviética cierta apariencia de orden, cohesión y funcionalidad económica. En mayo de 1922, sufrió una apoplejía: siguió al frente del gobierno hasta finales de 1923, pero su energía hasta entonces inagotable quedó mermada y el poder se le escapó imperceptiblemente de las manos. Murió en enero de 1924, a los cincuenta y tres años. Su cuerpo, embalsamado y enterrado en una tumba delante del Kremlin, se convirtió en objeto de culto y peregrinaje en los rituales religiosos

seglares del estado soviético. Su imagen se convirtió en icono y sus *Obras completas* en escrituras sagradas y textos de lectura obligatoria en los colegios y las universidades soviéticos. Sólo en Moscú, en 1980 se contaron 130 santuarios dedicados a su memoria. Su legado a sus sucesores fue una maquinaria de partido centralizada y sólidamente arraigada en el poder que abarcaba la mayor parte del antiguo imperio ruso. El control de esa maquinaria fue la clave de la victoria en la posterior lucha por el poder en el partido: desde abril de 1922, la figura dominante del aparato del partido había sido el recién elegido secretario general, Iósif Stalin.

En su famoso «testamento», escrito en diciembre de 1922 pero no publicado hasta 1926 (eso en el extranjero; en la Unión Soviética salió a la luz en 1956), Lenin había advertido del peligro de una división en el Partido Comunista, basándose en las diferencias entre Stalin y Trotski. Como secretario general, Stalin había acaparado «un poder inmenso —escribió Lenin, añadiendo—: y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlos con la suficiente prudencia». Trotski fue definido como «el hombre más capaz en el actual Comité Central», aunque «está demasiado ensoberbecido». Lenin instó a que no se echara en cara a Trotski su pasado no bolchevique, ni a Zinóviev y Kámenev sus vacilaciones en la víspera de la Revolución de Octubre. Y expresó opiniones favorables sobre Bujarin y G. L. Piatakov. Todos ellos morirían por orden de un sexto hombre: Stalin. En un epílogo escrito el 4 de enero de 1923, Lenin afirmó con más contundencia: «Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc.».[7] Pero la debilidad mental y física de Lenin en sus últimos meses de vida le impidieron influir directamente en la elección de su sucesor.

El sucesor evidente era Trotski, el cerebro político y la figura pública más destacada entre los líderes revolucionarios. Anatoli Lunacharski, también él un gran orador, definió a Trotski como el mayor orador de sus tiempos: «Su impresionante aspecto, sus gestos atractivos y amplios, el poderoso ritmo de su discurso, la voz alta pero que nunca cansa, la extraordinaria coherencia y habilidad literaria de su expresión, la riqueza de las imágenes, la ironía incisiva, el profundo patetismo, la lógica rígida, clara como el acero bruñido: ésas son las virtudes de Trotski como orador».[8] Pero Lunacharski añadió asimismo: «Su colosal arrogancia y su incapacidad o poca disposición a mostrar bondad humana o a ser atento con las personas, la ausencia de ese encanto que siempre rodeó a Lenin, condenó a Trotski a cierta soledad».[9] A ojos de muchos bolcheviques, Trotski era demasiado listo. Preferían la mediocridad, más segura a su modo de ver, que al intelectual peligrosamente inspirado.

En sus maniobras para ocupar una posición después de la muerte de Lenin, Stalin consiguió eliminar a sus opositores uno por uno. Primero logró el apoyo de Kámenev y Zinóviev contra Trotski, que estaba aislado al frente de una pequeña «oposición de izquierdas». Los aliados de Stalin se dieron cuen-

ta demasiado tarde de que aspiraba a acaparar todo el poder. En el XIV Congreso del Partido Comunista en diciembre de 1925, Kámenev declaró: «He llegado a la conclusión de que el camarada Stalin no puede desempeñar el papel de unificador de la plana mayor bolchevique... Estamos en contra del gobierno de un solo hombre, estamos en contra de la creación de un líder».[10] Cuando se publicó el testamento de Lenin en el extranjero, Stalin respondió con descaro. Presentándose modestamente como una «figura menor», reconoció la acusación de que era «brusco»: «Eso es bastante cierto. Sí, camaradas, soy brusco con quienes destruyen y dividen el partido con perfidia». Acusó a Trotski y sus aliados de «una insidiosa campaña de calumnias contra Lenin».[11] Llamó la atención respecto al hecho de que Trotski, Zinóviev y Kámenev eran judíos. En su respuesta, Trotski no se quedó corto: llamó a Stalin «el cavador de tumbas de la revolución». Condenado por «pequeñoburgués desviacionista», Trotski fue expulsado del partido, deportado a Kazajstán y, en 1929, desterrado de la URSS. Al mismo tiempo, Zinóviev y Kámenev fueron marginados. Durante la siguiente década, en Turquía, Francia, Noruega y finalmente en México, Trotski llevó a cabo una feroz campaña de propaganda contra Stalin, que no concluyó hasta que lo asesinó un sicario de Stalin en 1940.

La lucha por la sucesión política estaba ligada a un debate ideológico acerca de la dirección de la política económica soviética. Trotski, que había perdido la esperanza de que estallara una revolución en la Europa industrializada, creía que la supervivencia del bolchevismo dependía de una rápida industrialización en Rusia. En 1923, pidió una «dictadura de la industria»: un programa de desarrollo para la industria estatal planificado centralmente. Lo apoyó el economista Yevgueni Preobrazhenski, quien defendió «la acumulación socialista primitiva», es decir, extraer del campesinado el capital para la inversión industrial por medio de impuestos y políticas de precios. Semejante medida, naturalmente, habría reavivado el antagonismo entre la ciudad y el campo, sofocado con la adopción de la NEP. Los llamados «derechistas», dirigidos por Nikolái Bujarin, sostenían que eso sería un suicidio político para los bolcheviques. Defendían concesiones continuas a los intereses rurales incluso reconociendo que eso entrañaría la construcción del socialismo «a paso de caracol». Repitiendo las palabras de Guizot, Bujarin dijo a los campesinos en 1925: «*Enrichissez-vous!*». Más tarde estas palabras serían empleadas contra él. Después de derrotar a la «izquierda», Stalin volcó su atención en los supuestos «derechistas». En el XVI Congreso del partido de 1929, derrotó a Bujarin y sus partidarios, acusados de «una forma enmascarada de lucha contra el partido».[12] Todos ellos fueron destituidos de sus cargos. Para entonces, Stalin se había convertido en amo y señor indiscutible de la URSS.

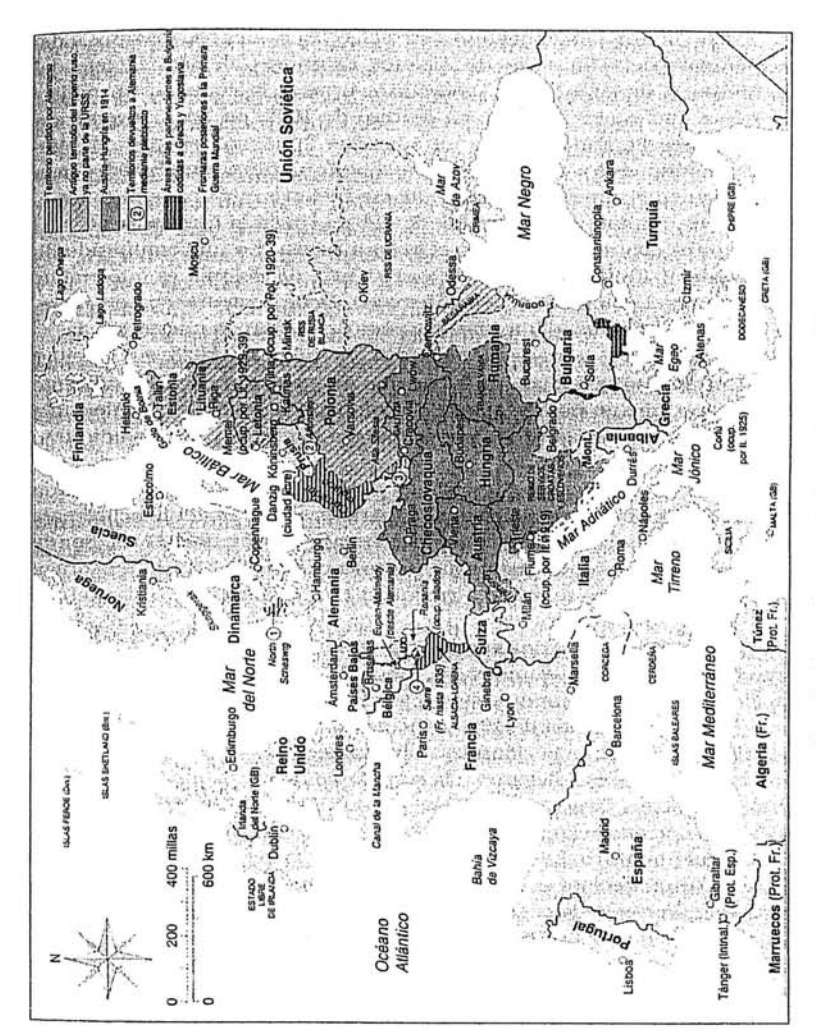
Antiguo seminarista de Georgia, hijo de zapatero y lavandera, Stalin no era un intelectual brillante como Trotski, ni un magistral analista político como Lenin. Pero no era ningún cabeza hueca. En el Seminario Espiritual de Tiflis, sacó las mejores notas en casi todas las asignaturas, incluidas las Sagradas Escrituras, matemáticas y canto greco-eslavónico. Recientemente se ha hablado de la calidad de su poesía juvenil, aunque no todos comparten esa admiración.[13] Buena parte de su éxito inicial se debió a que sus compañeros lo subestimaron. Su apodo en la década de 1920, que reflejaba la imagen de él como

burócrata responsable, era «Camarada Ficha». Trotski, en su biografía de Stalin (un equivalente literario del punzón de hielo que después blandió en su contra el sicario de Stalin cuando estaba acabando el libro), escribió: «Stalin se hizo con el poder, no con la ayuda de sus dotes personales, sino con la ayuda de una maquinaria impersonal. Y no fue él quien creó la maquinaria, sino la maquinaria la que lo creó a él».[14] Más tarde surgió un culto de adulación en torno a Stalin. Pero en sus primeros años en el poder prácticamente emuló la modestia personal de Lenin. Fumando su pipa Dunhill con expresión de sabio, mostró una personalidad sólida, fiable, casi como un Baldwin ruso. Bajo el mando de este capitán tranquilizador, en 1927-1928 la Unión Soviética parecía, como el resto de Europa, estar adentrándose en aguas más serenas.

La diplomacia de Locarno

Alemania siguió siendo el centro crítico de la política europea. Sus vecinos la observaban con temor, al igual que a una bestia herida: les preocupaba su rabia mientras sufría, su poder si se recobraba. El miedo básico de Francia y todos los estados sucesores era que las potencias derrotadas pretendieran revisar sus tratados de paz a costa de ellos. Los franceses intentaron crear un *cordon sanitaire* entre Rusia y Alemania promoviendo una alianza de Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania llamada Pequeña Entente. Polonia estuvo a punto de entrar, pero al final no lo hizo. En 1921, sin embargo, firmó con Francia una alianza, así como un acuerdo militar secreto que estipulaba una acción conjunta en caso de un ataque de Alemania o Rusia. Después de derrotar a los rusos, Polonia se consideraba una importante potencia europea. No obstante, veía que su propia existencia dependía de la debilidad de sus vecinos, quienes ya la habían dividido tres veces. Por consiguiente, mantuvo un altísimo nivel de gasto militar: una tercera parte del gasto público de 1923. Aun así, todos estos estados del este de Europa eran potencias militares de segunda categoría y los franceses siguieron nerviosos.

En 1922, Alemania, para sorpresa de los aliados, firmó un pacto con la otra gran marginada, la Unión Soviética. El Tratado de Rapallo, del 16 de abril de 1922, representó, por un lado, un intento de salir del aislamiento por parte de los dos estados parias de Europa. El acuerdo zanjaba aspiraciones pendientes, restablecía relaciones diplomáticas y contenía la promesa de un mayor intercambio comercial entre los dos países. Su principal artífice fue el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Walther Rathenau, que lo firmó con el representante soviético, G. V. Chicherin, en una «excursión dominical» en Rapallo. Al principio, Rathenau vaciló, temeroso de la reacción de Gran Bretaña y Francia, pero al final aceptó sólo por temor a que los rusos llegaran a un acuerdo por su cuenta con los aliados.[15] La noticia del tratado indignó a los dirigentes aliados, reunidos en ese momento con los alemanes en una conferencia en Génova para negociar la reconstrucción económica europea y las relaciones con Rusia. Se enfurecieron al verse engañados por Rathenau. Lloyd George exigió, en vano, la anulación del tratado. Rapallo fue, pues, la primera señal de que una Alemania resuelta podía desafiar con éxito a sus conquistadores.



MAPA 3. Europa después de la Primera Guerra Mundial.

El ambiente creado por el tratado facilitó la cooperación militar secreta entre Alemania y Rusia. Los contactos entre expertos militares alemanes y agentes soviéticos ya habían empezado en 1919, cuando Karl Radek estuvo en Berlín, y habían continuado esporádicamente desde entonces. A partir de 1921, el Estado Mayor alemán mantuvo estrechas relaciones con los rusos independientemente del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. El jefe del Estado Mayor, el general Seeckt, apoyó con firmeza la cooperación militar ruso-alemana. Incluso se dice que en febrero de 1922, en una conversación personal con Seeckt, Radek llegó a insinuar que Rusia, con el apoyo de Alemania, estaría dispuesta a emprender un ataque conjunto contra Polonia en la primavera siguiente, aunque posiblemente eso fue, más que una política soviética concertada, un intento personal de Radek de «jugar la carta polaca».[16] La idea sintonizaba con lo que pensaba el propio Seeckt. En un comunicado de septiembre de 1920, había escrito: «La existencia de Polonia es intolerable, incompatible con la supervivencia de Alemania. Debe desaparecer, y desaparecerá por su propia debilidad interna y por obra de Rusia, con nuestra ayuda».[17] En una reunión con representantes rusos en julio de 1923, el canciller Wilhelm Cuno respondió a las críticas de que Alemania no hacía lo suficiente para prepararse ante un posible ataque de Polonia. Cuno señaló que Alemania «no debía dar la impresión de que se preparaba para una guerra vindicativa. Cuanto más discretos fueran los preparativos, más ventaja tendrían».[18] Poco después, empezaron a trazarse los planes para la expansión de la industria armamentista rusa, con ayuda alemana, a fin de producir material bélico para Alemania al margen de las limitaciones del Tratado de Versalles. El sucesor de Cuno, Stresemann, aunque personalmente deseaba restaurar la frontera oriental alemana, al principio se opuso a cualquier trato militar con Rusia, pero la Reichswehr mantuvo los contactos directos con los rusos. Después de 1924, se crearon en la URSS centros de experimentación e instrucción, dirigidos por la Reichswehr, para tanques, aviones y gas, todo ello prohibido a Alemania según el Tratado de Versalles. Aunque estos acuerdos fueron secretos, salieron a la luz a mediados de la década de 1920 e incluso corrió el falso rumor de que el Tratado de Rapallo contenía cláusulas militares secretas.

Al final, los franceses llegaron a la conclusión de que la mejor manera de lograr la seguridad a largo plazo era mediante un acuerdo con los alemanes. Después de la derrota de Poincaré en las elecciones generales de mayo de 1924, el nuevo primer ministro, Edouard Herriot, invirtió la beligerante postura antigermana de su predecesor e inició una política de reconciliación. Las tropas francesas se retiraron de la cuenca del Ruhr en agosto de 1925. En octubre, se firmaron los Tratados de Locarno. En el primero, los Aliados de la guerra, Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia, se garantizaron mutuamente el statu quo territorial en la frontera occidental alemana y la desmilitarización de Renania. Simultáneamente, Alemania firmó Tratados de Arbitraje con Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia. La razón de este complicado acuerdo fue la negativa de Gran Bretaña a garantizar las fronteras de los vecinos orientales de Alemania. En 1876, Bismarck había pronunciado su célebre frase de que los Balcanes no valían «los huesos sanos de un solo mosquetero pomerano»; ahora el ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Austen Chamberlain, dijo que la

frontera oriental alemana era una región «por la cual ningún gobierno británico nunca arriesgará ni podrá arriesgar los huesos de un granadero británico».[19] (Como profecías, las dos estaban desastrosamente equivocadas.) En cualquier caso, Alemania, más audaz desde Rapallo, se negó a firmar un tratado multilateral que legitimara y perpetuara su frontera oriental. Los ministros de Asuntos Exteriores polaco y checo ni siquiera fueron admitidos en las primeras reuniones de la conferencia de Locarno y algunos consideraron los acuerdos una señal de la vacilación de los franceses en su compromiso con la defensa de ambos países. En Alemania, la derecha acusó a Stresemann de haber firmado un «tratado de renuncia». Para Stresemann, un nacionalista, en realidad Locarno fue más bien un primer paso hacia el debilitamiento del sistema de Versalles y la revisión de la frontera oriental alemana. Fue él, y no Hitler, quien declaró: «Me considero el protector de todos los alemanes en el extranjero».[20] Pero el método preferido de Stresemann fue la diplomacia; el de Hitler fue la fuerza. Más tarde Thomas Mann escribió que Stresemann «pudo... evolucionar a partir de todas las tradiciones que había heredado e ir más allá de ellas... para entrar en el mundo de una sociedad europea de naciones con el pensamiento, con convicción y con hechos, cosa que nadie habría creído posible considerando los inicios de su edad adulta».[21] El representante de Francia en la conferencia fue el supuesto «peregrino de la paz», Aristide Briand (lámina 18), que fue ministro de Asuntos Exteriores francés durante buena parte del período de 1925 a 1932. Se alegró de que Locarno eliminara la amenaza de una nueva combinación ruso-germana. Briand y Stresemann compartieron el Premio Nobel de la Paz de 1926, pero la incapacidad de dar garantías igual de sólidas a las fronteras oriental y occidental de Alemania fue un presagio de la futura falta de determinación de Gran Bretaña y Francia. Paul Reynaud, que como primer ministro francés tuvo que lidiar con las consecuencias en la primavera de 1940, más tarde reflexionó: «Quizá... el espíritu de Múnich ya estaba en Locarno».[22]

Con todo, los «tés» de Locarno condujeron a una relajación general de la tensión internacional. En 1926, Alemania fue admitida en la Sociedad de Naciones. En 1928, el Pacto de París, conocido popularmente como el Pacto Briand-Kellogg (por los nombres de los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Estados Unidos que lo redactaron), incluyó el acuerdo de renunciar a la guerra como instrumento de política nacional. A mediados de 1929, una comisión presidida por un estadounidense, Owen D. Young, recomendó una reducción de los pagos de las reparaciones, que así se alargarían a cincuenta y nueve años. A pesar de las diferencias anglo-francesas sobre las propuestas, el Plan Young fue aprobado en abril de 1930. Tres meses después los Aliados concluyeron la evacuación de Renania. En medio de este arrebato general de sensatez, avanzaron los preparativos para concertar una conferencia internacional sobre el desarme.

La supremacía burguesa

Así, tras una década de guerras, revoluciones, desbarajustes económicos, alteraciones de fronteras y movimiento de refugiados, Europa se estabilizó por

fin a partir de 1923 durante un breve período de paz y prosperidad relativas. Fuera de la URSS, el peligro de la extrema izquierda, en apariencia tan inminente en 1919, se había eliminado o bien se había convertido en un simple fenómeno político marginal. Al remitir la amenaza contra las vidas humanas y la propiedad, la política de la mayoría de los países europeos perdió en parte su apariencia de lucha maniquea entre las fuerzas de la luz y las tinieblas y se preocupó más por las cuestiones básicas.

En Gran Bretaña, los conservadores se mantuvieron en el poder, formando gobiernos o coaliciones, durante todo el período de entreguerras salvo tres años. El popular grito «Que cuelguen al káiser» se empleó para asegurar la reelección de la coalición en el poder, con Lloyd George al frente, en diciembre de 1918. El parlamento estaba dominado por conservadores que se refugiaban gustosamente tras el aura del victorioso líder de la guerra. En una conversación privada con Keynes, Stanley Baldwin, también conservador, definió la nueva Cámara de los Comunes como un lugar dominado por «hombres con el rostro endurecido que parecían haberse beneficiado con la guerra».[23] Mantuvieron al antiguo primer ministro radical en su cargo durante otros cuatro años mientras éste hacía teatro en el escenario mundial y presidía un gobierno compuesto en gran parte por sus antiguos enemigos políticos.

El último logro significativo de Lloyd George fue el tratado de diciembre de 1921, que dio un respiro de medio siglo a la atormentada lucha angloirlandesa. Irlanda había estado sumida en el caos desde la represión del levantamiento de Pascua de 1916. En las elecciones generales de 1918, el partido nacionalista Sinn Féin, bajo la dirección de Arthur Griffith, Michael Collins y Éamon De Valera, había obtenido 73 de los 105 escaños en Irlanda, resultado que incluía todos los escaños de fuera del Ulster salvo tres. El Partido Irlandés constitucionalista, que había abogado por el autogobierno dentro del Reino Unido, prácticamente desapareció. Los vencedores del Sinn Féin se negaron a ocupar sus escaños en Westminster y en enero de 1919, reunidos en Dublín para crear un parlamento irlandés, el Dáil, declararon la independencia. Los intentos de los británicos de imponer su autoridad fueron infructuosos, y durante los siguientes tres años la isla se vio arrasada por un terrorismo y un contraterrorismo feroces. El tratado anglo-irlandés reconoció el estado Libre de Irlanda, asignándole un estatus parecido al de un Dominio; a saber, algo cercano a la independencia, pero sin serlo del todo. Pero Gran Bretaña conservó la soberanía sobre Irlanda del Norte, donde la amplia mayoría protestante era claramente unionista. Aunque los nacionalistas irlandeses en principio nunca quisieron la partición, no les quedó más remedio que aceptar. En la posterior guerra civil en el sur de Irlanda, la facción contraria al tratado, dirigida por De Valera, fue derrotada y en 1927 accedió a entrar en la política parlamentaria. Pese a todo el fervor antibritánico del Estado Libre y a la influencia retrógrada de la Iglesia católica en la vida intelectual y social, las instituciones del país siguieron profundamente marcadas por la influencia británica. La independencia no acabó con el estancamiento económico. El descenso demográfico se vio perpetuado por la emigración a Gran Bretaña y Estados Unidos. En el norte, zona más próspera, la minoría católica nunca aceptó la legitimidad de las instituciones del autogobierno, bajo las cuales se aseguraba el dominio protestante, aunque permaneció relativamente inactiva hasta finales de la década de 1960.

En octubre de 1922, cuando las fuerzas kemalistas se acercaban a la Constantinopla ocupada por británicos y franceses, los conservadores aprovecharon la oportunidad para retirar su apoyo a Lloyd George. Éste abandonó el número 10 de Downing Street ya para siempre. Su Partido Liberal prácticamente había perecido (algunos dijeron que él lo había asesinado), y si bien hizo un denodado esfuerzo por insuflar vida al cadáver, el poder se desplazó inexorablemente del centro hacia los dos polos del espectro electoral. En las elecciones generales de diciembre de 1923, el Partido Laborista obtuvo el 30 por ciento de los votos y 191 de los 615 escaños de la Cámara de los Comunes. Aunque los conservadores seguían siendo mayoría, los laboristas formaron gobierno gracias al apoyo parlamentario de los liberales. Esta primera administración socialista resultó muy suave. Temeroso de perder el apoyo liberal, el primer ministro, Ramsay MacDonald, se abstuvo de introducir medidas socialistas. Al cabo de un año ya estaba fuera del poder, derrotado por el miedo a la amenaza roja suscitado por la publicación en el *Daily Mail* de una carta falsificada del jefe del Komintern, Grígori Zinóviev. Los conservadores recuperaron el poder y, bajo el imperturbable liderazgo de Stanley Baldwin, gobernaron Gran Bretaña durante los siguientes cinco años.

El problema inmediato más grave al que se enfrentó Baldwin fue la crisis en las minas de carbón. Con más de un millón de trabajadores, era la mayor industria de Gran Bretaña. Como muchas de las industrias pesadas más antiguas del país, había iniciado un largo declive al final de la guerra. El gobierno había invertido en las minas decenas de millones de libras desde 1917, pero sin grandes resultados. La industria del carbón padecía los efectos de la descapitalización, la competencia de ultramar y unas relaciones laborales conflictivas. La retirada franco-belga de la cuenca del Ruhr y la reanudación de la producción alemana a gran escala, junto con el retorno de la libra al patrón oro, asestaron severos golpes a la minería carbonera británica. A mediados de 1925, el 60 por ciento de la producción de carbón de Gran Bretaña era deficitaria. Como los costes laborales eran el mayor componente individual en la producción, los propietarios de minas afirmaron que no les quedaba más remedio que recortar los salarios. En abril de 1926, se retiró el subsidio público y se declaró un cierre patronal hasta que los mineros aceptaran un salario inferior. El 4 de mayo, la confederación británica de sindicatos, el Trades Union Congress (Federación de Sindicatos), convocó una huelga general en solidaridad. Fue el mayor paro laboral en la historia británica, aunque en realidad no fue general, ya que no todos los obreros estaban sindicados, e incluso entre los que sí lo estaban, algunos no fueron a la huelga. Fue un episodio muy británico, no tanto una huelga como un choque entre actitudes sociales: la caballerosidad de la clase alta enfrentada a la deferencia de la clase obrera. Ninguno de los dos bandos estaba realmente preparado para levantar barricadas. Los entusiastas de una y otra facción quedaron muy mal parados. La *British Gazette* del gobierno, dirigida por Churchill (que había abandonado a los liberales y vuelto con el Partido Conservador), arremetió con vehemencia contra la huelga de una manera que muchos consideraron poco acorde con las tradiciones britá-

nicas en tiempos de paz. El Trades Union Congress en realidad no se lo tomó muy en serio, y desde el principio los líderes sindicales se sintieron incómodos y buscaron una salida decente, actitud a años luz del apocalipsis sindicalista. Al cabo de nueve días, el Trades Union Congress se rindió y abandonó a los mineros a su suerte. En noviembre, el hambre los obligó a someterse. Al año siguiente, el gobierno aprobó una ley prohibiendo huelgas en solidaridad o cualquier otra «concebida o calculada para coaccionar al gobierno». La continuidad de las elevadas cifras de paro debilitó el movimiento sindicalista y éste no volvió a surgir como fuerza importante hasta la década de 1950, en condiciones de pleno empleo.

La política francesa de entreguerras se caracterizó por la incapacidad de las instituciones de la Tercera República para proporcionar ministerios estables o poderes ejecutivos fuertes. Entre el armisticio de 1918 y el de 1940, hubo cuarenta y cuatro gobiernos. La mayoría eran coaliciones débiles formadas en torno al centro movedizo de la política francesa, el Partido Radical, que parecía un rábano (rojo por fuera, blanco por dentro), era corrupto y contaba con un fuerte apoyo de los campesinos y la pequeña burguesía. Por las puertas en perpetua rotación de los ministerios, siempre pasaban los mismos. Briand, por ejemplo, fue tres veces primer ministro y cuatro veces ministro de Asuntos Exteriores en la década posterior a 1921.

La extrema izquierda quedó excluida del gobierno y del reparto de cargos. En diciembre de 1920, en un congreso de los socialistas franceses en Tours, se escindió irrevocablemente; la mayoría formó el Partido Comunista Francés, leal al Komintern, y la minoría mantuvo su adhesión al socialismo parlamentario y reformista de la Segunda Internacional, si bien continuó empleando la retórica del marxismo revolucionario. El nombre oficial del partido socialista hasta finales de 1969 siguió siendo Section Française de l'Internationale Ouvrière. Los comunistas se llevaron consigo a más del 80 por ciento de los miembros, así como el título del periódico del partido, *L'Humanité*. Marcados desde el principio por su sumisión ciega a Moscú, los comunistas franceses fueron una secta en lugar de un partido de la clase obrera organizada. Aunque al principio los socialistas quedaron muy debilitados por la defección de los comunistas, pronto los superaron en número de seguidores. Por temor a la inevitable disolución de principios propia de la política de coaliciones, se negaron a aceptar cargos ministeriales hasta el momento en que pudieran controlar los principales hilos del poder y llevar a cabo una transformación de la sociedad en lugar de limitarse a poner en práctica medidas políticas reformistas. El sectarismo rígido de los comunistas y la negativa de los socialistas —deseosos de mantener la pureza doctrinaria— a unirse a los partidos «burgueses» en el gobierno condenaron a la izquierda francesa a quince años de oposición inútil.

El Bloc National, grupo conservador, estuvo en el poder durante cinco años desde 1919. Su principal preocupación era la política exterior, sobre todo las reparaciones. En 1924, la caída del franco impuso una racionalización de las finanzas públicas. Después de una enconada lucha, Poincaré, primer ministro de 1922 a 1924, recibió la aprobación parlamentaria para el *double décime*, un aumento general en los impuestos del 20 por ciento. Gracias a la medida, la moneda se recuperó temporalmente, pero creció el descontento entre los votantes. Los socialistas, reanimados, se unieron a los radicales en un pacto electoral y «un programa mínimo».

Este Cartel des Gauches triunfó en las elecciones generales de mayo de 1924. Lo primero que hicieron los vencedores fue sacar del cargo al presidente de la República, Alexandre Millerand, detestado por su traición a la izquierda. Tras un inútil intento de resistirse, se rindió, confirmando la supremacía del legislativo sobre la presidencia en el sistema político de la Tercera República. El nuevo gobierno despertó grandes esperanzas de reforma, pero como el primer gobierno laborista en Gran Bretaña, éste fue uno de esos momentos cruciales desaprovechados. Los socialistas se abstuvieron de ocupar los cargos ministeriales ofrecidos por el líder radical, Herriot. Sólo estaban dispuestos a apoyar al nuevo gobierno desde fuera. Herriot, *«la République en personne»*, inteligente, ingenioso y cálido, un *normalien* (licenciado de la École Normale Supérieure), biógrafo de Filón y Madame Récamier y alcalde de Lyón desde 1905, era un admirado orador y un estadista muy querido. Pero como primer ministro demostró carecer del menor talento para la táctica política: se creó enemigos innecesarios y alejó a sus aliados. No cumplió su promesa de una «transformación total». Los logros del gobierno se limitaron sobre todo a actos simbólicos como el traslado del cadáver de Jaurès al Panteón. El franco volvió a caer y la izquierda se quejó de que había sido derrotado por el *«mur d'argent»*.

Después de apenas dos años, la misma cámara de diputados que había instalado a Herriot en su cargo aprobó el retorno al poder de Poincaré y lo autorizó a gobernar por decreto. Éste aceptó las condiciones de Locarno, subió los impuestos indirectos e impuso reducciones en el gasto público. El franco se estabilizó, y en 1928 volvió al patrón oro, aunque a una quinta parte de su valor anterior a la guerra. Si bien se reanimó la economía, se perdió la oportunidad de reformar las finanzas públicas (la mayor parte de los impuestos siguieron siendo indirectos), de modernizar las zonas rurales todavía primitivas, que aún albergaban a algo más de la mitad de la población del país, o de lidiar con los problemas sociales, sobre todo las abominables condiciones de la vivienda en las barriadas urbanas.

El caso crítico que sentó precedentes entre las instituciones políticas en Europa fue Alemania, donde la república sobrevivió al desafío inicial de la izquierda sólo en virtud de un compromiso con la derecha. La constitución de Weimar proporcionó un sistema federal donde los estados (ahora llamados *Länder*) conservaron bastante poder. El gobierno federal se responsabilizaba de la cámara baja del parlamento, el Reichstag, elegido mediante un sistema proporcional puro por sufragio universal en el que votaban hombres y mujeres mayores de veinte años (hasta entonces sólo habían podido hacerlo los hombres mayores de veinticinco). El presidente también se elegía por sufragio universal: tenía poder para nombrar al canciller, disolver el Reichstag y promulgar decretos en casos de emergencia siempre y cuando los refrendara el canciller o el ministro responsable. La cámara alta, el Reichsrat, compuesta por miembros de los gobiernos de los estados, conservaba un poder limitado. Después de una feroz lucha entre la izquierda y la derecha, la antigua bandera imperial negra, blanca y roja fue sustituida por los colores negro, rojo y oro de 1848.

En apariencia, era un régimen parlamentario modélico. No obstante, el antiguo orden social siguió en gran medida intacto. Los oficiales de la nueva Reichswehr, bajo el mando de Seeckt, heredaron la mentalidad del cuerpo imperial de oficiales, del que procedían casi todos. Gran parte de la tropa se reclutó de los Freikorps de derechas. El alto mando militar, sobre todo Seeckt, ejercía una importante influencia entre bastidores y gozaba de bastante autonomía. Análogamente, la antigua burocracia imperial siguió siendo la misma, manteniendo una continuidad sin fisuras entre el viejo y el nuevo orden, y logró, incluso bajo el gobierno socialdemócrata, alejar la actuación política de toda experimentación izquierdista. En estos aspectos, la revolución alemana nunca vio la luz.

Pese a esta base inestable, la República de Weimar sobrevivió a nuevos retos a principios de 1920, esta vez de la derecha más que de la izquierda. En marzo de 1920, un breve levantamiento militar en Berlín, conocido como el *putsch* de Kapp, duró sólo seis días y se vino abajo en el mayor ridículo. La izquierda se convenció a sí misma de que la rebelión había sido derrotada por una huelga general. Sin duda eso ayudó. Pero las principales causas del fracaso del golpe fue el limitado apoyo que recibió de las fuerzas armadas y la sorprendente incompetencia de los golpistas, encabezados por un oficial anodino, Wolfgang Kapp, y apoyados por militaristas entre los que se encontraban Ludendorff y su antiguo mano derecha, el coronel Max Bauer. La única consecuencia duradera fue la caída del gobierno socialdemócrata en Baviera y su sustitución por otro de carácter conservador. En las primeras elecciones celebradas bajo la constitución de Weimar en junio, se produjo en Alemania un giro general hacia la derecha. La coalición en el gobierno, constituida por socialdemócratas, el Partido de Centro y los demócratas, perdió poder. El voto a los socialdemócratas se redujo del 38 por ciento al 22 por ciento. Nunca volvieron a conseguir más del 30 por ciento de los votos bajo Weimar. Se formó un nuevo gobierno de centroderecha. Pero la extrema derecha siguió sin reconciliarse con la República y era una peligrosa fuente de violencia e inestabilidad. En agosto de 1921, el líder del Partido de Centro, Erzberger, que se había vuelto muy impopular entre los nacionalistas extremos, fue asesinado. El verano siguiente, Rathenau fue abatido a balazos en las calles de Berlín. Judío, industrial, filósofo y miembro del pequeño Partido Demócrata, de orientación liberal, también él había sido blanco de los venenosos ataques de la derecha. Su funeral en el Reichstag fue una poderosa demostración de la fe republicana. En noviembre de 1923, Ludendorff se unió a un joven orador callejero nacionalista, Adolf Hitler, en un intento de rebelión en Múnich. El «Putsch de la Cervecería» fue un fiasco propio de una ópera bufa, casi tanto como el golpe de 1920. No fue más allá de Múnich. Los cabecillas enseguida fueron detenidos y Hitler condenado a un breve período en la cárcel, que empleó para escribir una incoherente e intrincada declaración de fe racista, el *Mein Kampf*.

Con la derrota de los revolucionarios de izquierdas y derechas, la restauración de la moneda y el renovado aunque lento crecimiento económico, la clase política inició una vida más normal y ciertamente menos emocionante. Los últimos años de la década de 1920 fueron los mejores de la República de Weimar. Como ningún partido consiguió la mayoría absoluta, todos los gobiernos formaron coaliciones: de 1924 a 1928 de centroderecha; después, hasta 1930, una gran coalición que abarcó desde la derecha moderada hasta los socialdemócratas. La figura política más destacada fue Stresemann que, después de su mandato breve pero crucial como canciller en 1923, fue ministro de Asuntos Exteriores hasta su muerte en 1929. La tesis doctoral de Stresemann fue un estudio sobre el comercio de la cerveza embotellada en Berlín y su primer empleo fue un puesto administrativo en la Asociación de Fabricantes de Chocolate en Dresde. Como líder del pequeño Partido Popular Alemán, que representaba a la clase media y el mundo de los negocios, Stresemann personificaba las imperturbables virtudes burguesas. Según el conde Harry Kessler, un perspicaz cronista, poseía una «sólida determinación», pero carecía de una «sensibilidad moral refinada».[24] Sin embargo, fue el estadista alemán más creativo de sus tiempos. Aunque sus mayores logros fueron diplomáticos, Stresemann desempeñó un importante papel en la contención de las tensiones sociales en Alemania y en la resistencia a la polarización política. Se regularon legislativamente las prestaciones sociales, consagradas en la constitución de Weimar, en especial mediante la introducción en 1924 de prestaciones sociales básicas para quienes vivían en la extrema pobreza y en 1927 de un seguro estatal de desempleo. La inversión en educación, hospitales y vivienda aumentó rápidamente y, como resultado, este gasto del estado representó una media del 26 por ciento de la renta nacional en el período de 1925-1929.

Aunque sin duda el sistema de Weimar se había estabilizado después de sus tambaleantes inicios en 1918-1923, persistieron ciertas debilidades fundamentales. Si bien los titulares de cuentas bancarias, hipotecas y bonos devaluados durante la gran inflación fueron indemnizados después de 1925, las cantidades fueron tan exiguas que aumentó el resentimiento y la desmoralización de la clase media, lanzando a muchos a los brazos de la extrema derecha. Los grupos paramilitares persistieron: un nuevo grupo de veteranos de la extrema derecha, la Stahlhelm, se enfrentó a su equivalente en la izquierda, la Reichsbanner, que defendía la República. La existencia de éstos era indicio de la incipiente tendencia hacia la guerra civil que hervía justo por debajo de la superficie de la política de Weimar. El sistema de partidos siguió fragmentado, con profundas divisiones dentro de la propia izquierda, entre los liberales y en la derecha. Los únicos claramente comprometidos con la constitución de Weimar eran los socialdemócratas y el Partido Democrático. Elementos significativos de la sociedad siguieron marginados. Aunque los comunistas participaban en el sistema parlamentario, esperaban la primera oportunidad para destruirlo. El ejército se consideraba una especie de aval, no de la República, sino del estado alemán, tendiendo a considerar al presidente, y no al gobierno o el parlamento, la fuente legítima de autoridad. La elección de Hindenburg como presidente en 1925 dio al sistema de Weimar cierto grado de respetabilidad a los ojos de la derecha tradicional; pero la adhesión del nuevo jefe de estado a la República era cuestionable y, al final, se unió a sus destructores y no a sus defensores.

La intención de los pacificadores había sido recrear el mundo según su propio concepto del parlamentarismo liberal. En gran medida fracasaron. El

liberalismo siguió siendo la forma política característica sólo de las sociedades industrializadas y prósperas del noroeste de Europa, apenas afectadas por la corriente revolucionaria y por los feroces antagonismos étnicos que aquejaban al resto del continente.

Los estados sucesores

Todos los «estados sucesores» del territorio perteneciente a los antiguos imperios multinacionales en el este de Europa Central, extendiéndose en un gran arco desde Finlandia en el norte hasta Yugoslavia en el sur, tenían ciertos rasgos comunes básicos: eran débiles, eran pobres y estaban asustados. En cuanto a los países derrotados del este de Europa, Hungría y Bulgaria, habían quedado más débiles y más pobres que antes, además de estar asustados y deseosos de venganza.

La debilidad de estos países era una consecuencia inevitable de la aplicación del principio de nacionalidad en los acuerdos de la posguerra. A excepción de Polonia, con su población de veintisiete millones en 1921, ninguno de los estados entre Rusia y Alemania tenía más de veinte millones de habitantes. En orden descendente, Rumania, que más o menos había doblado su población a consecuencia de los tratados de paz, contaba con unos diecisiete millones, Checoslovaquia con trece millones y Yugoslavia con doce. Los demás países estaban todos por debajo de los diez millones, oscilando desde los ocho millones de Hungría hasta el millón y medio de Letonia y Estonia. Sin embargo, la mayoría de los países de la región se sentían sobrepoblados debido a la presión de un campesinado en crecimiento sobre unas tierras de cultivo limitadas. Las únicas excepciones significativas eran Hungría, cuyo crecimiento demográfico era el más bajo del este de Europa, y Checoslovaquia, con sus provincias industrializadas del oeste. A principios de 1920, cuando Estados Unidos promulgó leyes de inmigración restrictivas, se cerró una de las salidas para el excedente de población agraria. Aunque Francia permitió la llegada de cierta cantidad de inmigrantes del este de Europa, sobre todo de Polonia, con la esperanza de compensar el déficit demográfico causado por la guerra, no existían muchas más oportunidades para emigrar desde el este de Europa.

La mayoría de los estados sucesores adoptaron constituciones parlamentarias democráticas. La de Polonia, por ejemplo, se inspiró en gran medida en la de la Tercera República francesa. Pero los mecanismos democráticos formales no impidieron el desplazamiento hacia los regímenes autoritarios. Aparte de Checoslovaquia y Finlandia, ninguno de los estados de la región logró implantar instituciones democráticas en culturas políticas altamente hostiles a las ideas liberales.

Si bien cada uno de los estados sucesores tenía sus propias características especiales, la vida política de todos ellos en el período de entreguerras se vio dominada por cuatro grandes conflictos, a menudo interrelacionados: la cuestión de la tierra, la incapacidad de lograr una transición hacia una economía industrial moderna, los problemas de las minorías y la amenaza a la estabilidad

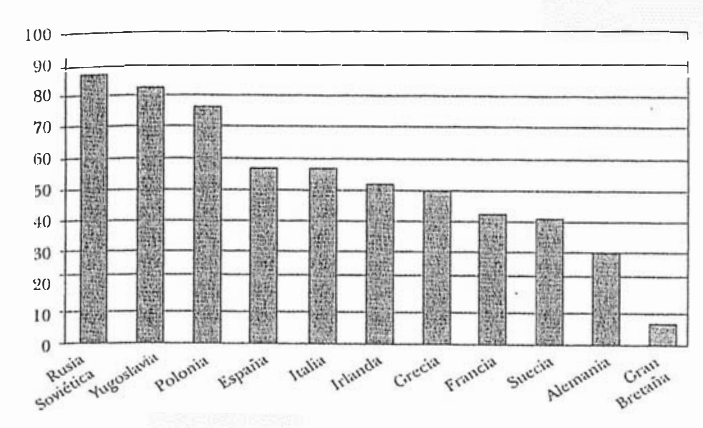


FIG. 3. Proporción de la población activa dedicada a la agricultura, h. 1921.
FUENTE: Paul Bairoch *et al.*, eds. *The Working Population and its Structure*, Bruselas, 1968.

regional —y a la existencia misma de los estados sucesores— planteada por las exigencias de revisar los acuerdos de posguerra.

Las economías del este de Europa siguieron siendo predominantemente agrarias a lo largo del período de entreguerras. Más del cincuenta por ciento de la población de todos los estados de la región, de nuevo a excepción de Checoslovaquia, era rural. En todos los países se crearon partidos de campesinos que pretendían, con diversos grados de verosimilitud, representar los intereses agrarios. El número mayoritario de campesinos en los electorados llevó a estos partidos y a muchos gobiernos a defender, al menos en apariencia, el ideal de la reforma agraria redistributiva que dividiría los latifundios y permitiría a los labradores ser propietarios de la tierra que trabajaban. En el caso de Polonia, el concepto incluso se consagró en la constitución adoptada en 1921, que proponía la creación de «unidades agrarias privadas capaces de una productividad suficiente».[25] Pero, tanto en ésta como en otras cuestiones, los ideales de los autores de la constitución no se hicieron realidad.

Se iniciaron reformas agrarias en Rumania, Checoslovaquia, Grecia y Yugoslavia. La ley rumana, promulgada en diciembre de 1918, fue quizá la de mayor alcance: expropió casi todos los latifundios y distribuyó la tierra entre 1,4 millones de campesinos. La antigua clase terrateniente sin duda perdió poder. En Polonia y Hungría, en cambio, sobre todo en las provincias orientales de los dos países, la mayoría de los latifundios permanecieron intactos durante todo el período de entreguerras, y los grandes terratenientes, particularmente en Hungría, siguieron siendo una importante fuerza política. En 1921, el uno por ciento de los terratenientes de Polonia poseía más de la mitad de las tierras. Por otro lado, la supervivencia de diez millones de personas dependía de propiedades de menos de cinco hectáreas, cuya producción ape-

nas daba para vivir. Se redistribuyeron algunas propiedades de la Iglesia, el estado y particulares, pero eso no bastó para aliviar la presión sobre el suelo. En 1935, según cálculos conservadores, 2,4 millones de campesinos polacos eran económicamente «superfluos», es decir, podían abandonar la tierra sin menoscabo a su rendimiento teniendo en cuenta los métodos de producción existentes. Pero esa gente no tenía adónde ir.

No es casualidad que en Polonia y Hungría, los dos países sin una reforma agraria significativa, la clase terrateniente perteneciera mayoritariamente a la nacionalidad dominante en el estado, mientras que en los otros tres países un gran número de terratenientes desposeídos eran miembros de las antiguas nacionalidades «hegemónicas». Un estudio de la Academia Rumana, publicado en la década de 1930, felicitó a los responsables de la reforma agraria rumana por su «amplitud de miras y su sentimiento genuinamente social» al distribuir la tierra, no sólo entre los rumanos étnicos, sino también entre miembros de las minorías étnicas, entre las cuales 206.000 personas recibieron tierras gracias a la reforma.[26] Pero el estudio no mencionó que entre los expropiados, en especial en Transilvania, había una cantidad desproporcionada de húngaros y alemanes. Aunque los antiguos propietarios recibieron una indemnización, a menudo fue con dinero devaluado. Algunos políticos rumanos reconocieron sin ambages el sesgo nacionalista de la reforma agraria: «Consideramos la reforma agraria el instrumento más poderoso para la rumanización de Transilvania», dijo el poeta y político Octavian Goga en 1920.[27] Por consiguiente, el resentimiento nacional se vio a menudo agravado más que mitigado. Así pues, la cuestión de la tierra siguió ligada a la cuestión nacional en los estados sucesores.

Ni en los países que redistribuyeron la tierra ni en los que conservaron los latifundios, el rendimiento de la agricultura se acercó a los niveles del noroeste de Europa. Allí donde se redistribuyó la tierra, muchas de las parcelas eran demasiado pequeñas, y al morir el propietario a menudo se subdividían en porciones aún más reducidas; en Rumania, donde esta clase de parcelación se llevó al extremo, en 1936 el 83 por ciento de la tierra agrícola estaba dividido en parcelas inferiores a las cinco hectáreas. En Bulgaria, la finca media se redujo de 6,3 hectáreas en 1908 a 5,75 en 1929. En gran parte del este de Europa, había pocas granjas de tamaño medio como las que abundan en Gran Bretaña y Alemania. En Polonia, las fincas de entre veinte y cien hectáreas constituían menos del 3 por ciento del total (y representaban no más del 10 por ciento de la tierra). En contraste, las granjas de tamaño medio de Holanda ascendían al 7 por ciento (el 39 por ciento de la tierra). Los millones de «propietarios enanos» del este de Europa no tenían acceso al capital, apenas podían permitirse comprar las herramientas más sencillas, como el arado, y desconocían las técnicas modernas. No podían ni soñar con sustituir a los caballos por los tractores que empezaban a emplearse en las granjas británicas. La producción media de leche de sus vacas (en la mayoría de los casos una sola vaca) era una mínima parte de la de los granjeros más eficientes del continente, los daneses. En cuanto a los latifundios, en general estaban más capitalizados y producían para los mercados nacionales e internacionales, pero su productividad era muy inferior a la de las granjas más eficientes de Gran Bretaña,



Alemania o Escandinavia. Muchos no se gestionaban como latifundios, sino que se arrendaban en pequeñas unidades a aparceros cuyos métodos de producción seguían siendo primitivos.

A excepción de Checoslovaquia, ninguno de los estados sucesores podía jactarse de una base industrial manufacturera moderna. De los estados del este de Europa, Checoslovaquia fue la que alcanzó el nivel más alto de crecimiento en producción manufacturera entre 1920 y 1929. Pero incluso en Checoslovaquia, la industria se circunscribía en gran medida a Bohemia, Moravia y Silesia, mientras que las regiones orientales, Eslovaquia y la Rutenia subcárpatica, siguieron siendo principalmente agrarias. Polonia y Rumania tenían grandes industrias de extracción de carbón y petróleo, pero la manufactura, salvo los textiles y la metalistería en Polonia, estaba menos desarrollada. La infraestructura de los transportes era deficiente y había quedado muy deteriorada por la guerra y la caída de los imperios. El ancho de vía del este de Polonia, de un metro y medio, conforme al modelo ruso imperial, medía diez centímetros más que el de la Polonia ex prusiana y ex austríaca. En 1929, la producción industrial polaca todavía estaba a un 86 por ciento del nivel que tenían las mismas regiones en 1913, nivel que de hecho nunca se alcanzó durante el período de entreguerras. El acceso a los mercados de capital era muy restringido a causa de una banca nacional débil y las devaluaciones competitivas que no consiguieron impulsar el comercio exterior y ahuyentaron la inversión extranjera. En Polonia, como en otras partes, un «nuevo mercantilismo», alimentado por un deseo miope de «autosuficiencia», obstaculizó el comercio y frenó el desarrollo económico. Las cifras de producción de energía eléctrica en 1929 proporcionan un índice revelador del retraso económico comparativo de la región: Bulgaria, Grecia, Hungría, Polonia, Rumania y Yugoslavia produjeron, todas juntas, menos electricidad que Noruega.

Todos los estados del este de Europa estaban desgarrados, en mayor o menor medida, por conflictos nacionales o problemas con minorías que amenazaban su cohesión, y en algunos casos su existencia misma. En Polonia, en 1921, sólo el 69 por ciento de la población estaba constituido por polacos étnicos. Debido a la conquista de grandes franjas de territorio a la Rusia soviética, el país tenía casi cuatro millones de ucranianos y más de un millón de bielorrusos, además de un millón de alemanes, sobre todo en el «pasillo polaco», y casi tres millones de judíos. Todas estas minorías sufrían las consecuencias de políticas nacionalistas y la persecución mezquina de la mayoría polaca. La desproporcionada representación de judíos y alemanes en el comercio, entre los propietarios de la industria manufacturera y las profesiones liberales, tanto en Polonia como en los demás países, fomentó la envidia nacionalista. En todas partes se daba cierta renuencia a asignar cargos oficiales a las minorías y se creaban obstáculos para su admisión en las universidades. Las potencias aliadas habían intentado obligar a comportarse a Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia imponiendo tratados para la protección de las minorías como parte del acuerdo de paz. En 1924 trece estados del este de Europa Central habían firmado tratados relativos a las minorías. Pero el primer efecto fue, en lugar de protegerlas, avivar los antagonismos étnicos.

En Checoslovaquia, aparte de la gran minoría alemana, las relaciones no siempre eran fáciles entre los checos, más urbanizados, más occidentales, más sofisticados, y los eslovacos, principalmente campesinos que tendían a rechazar la actitud a veces condescendiente de sus vecinos del oeste. Bajo el liderazgo de Masaryk, un moravo, se hizo un esfuerzo imperfecto por inculcar un sentido de identidad nacional «checoslovaca». Quizá, con tiempo y sin presión exterior, se habría conseguido. Pero el país no pudo gozar de ese lujo durante mucho tiempo, y al final sus enemigos aprovecharon la brecha de las diferencias checo-eslovacas para clavarle un puñal en el corazón.

De todos los países del este de Europa, ninguno padeció divisiones étnicas más complejas que Yugoslavia, conocida oficialmente hasta 1929 como el Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos. El nombre debía reflejar la igualdad entre las nacionalidades que constituían el estado. Pero en lugar de una federación de provincias eslavas del sur, Yugoslavia se convirtió en un reino centralizado y dominado por los serbios. Los serbios constituían el 43 por ciento de la población, los croatas el 25 y los eslovenos el 9. Los demás eran montenegrinos, musulmanes bosnios, albaneses, alemanes, húngaros, rumanos, turcos, gitanos, judíos, búlgaros, macedonios, checos, eslovacos, rutenios, valacos y «otros». Los croatas católicos, que solían considerarse superiores a los serbios ortodoxos, no aceptaban su subyugación. La política yugoslava estaba empantanada en una maraña de intrigas y conflictos étnicos. En 1928, el líder del Partido Campesino Croata, Stjepan Radić, fue asesinado. La violencia culminó en enero de 1929 cuando el rey Alejandro declaró una dictadura monárquica.

Todos los estados nuevos y ampliados del este de Europa vivían en un terror perpetuo al revisionismo territorial por parte de los países que habían perdido tierras en los acuerdos de la posguerra. Grecia, por ejemplo, temía que Bulgaria intentara abrirse paso a través de Tracia para conseguir una salida al Mediterráneo. Las relaciones de Rumania con Hungría estaban emponzoñadas por la obsesión húngara de recuperar Transilvania. Los estados bálticos veían a sus vecinos con no menos malestar. La ocupación polaca de Vilna, capturada en un ataque supuestamente no autorizado del general polaco Lucjan Żeligowski en octubre de 1920, duró hasta 1939. Dicha ocupación fue una fuente de resentimiento permanente en las relaciones con los lituanos, que insistían en que Vilna era su capital, aunque el 50 por ciento de su población en 1916 era de habla polaca y el 42 por ciento de habla yiddish; sólo el 2,6 por ciento hablaba lituano. Para consolarse, en enero de 1923, los lituanos se apoderaron de la ciudad de Memel, antiguamente alemana, expulsaron a la guarnición francesa que la ocupaba en nombre de los Aliados y se la anexionaron. Así pues, la cuestión nacional y la reacción contra los tratados de paz desestabilizaron tanto las relaciones internas como externas de toda la región.

El retroceso de la democracia se hizo visible primero en los dos estados derrotados, Hungría y Bulgaria. Desde 1920 hasta casi el final de la Segunda Guerra Mundial, el almirante Horthy presidió en Hungría un sistema político conservador y visiblemente atrasado, que apenas se molestaba en salvar las apariencias en cuanto al respeto de los principios liberales. Aunque se había terminado el terror blanco y Hungría seguía siendo un *Rechtstaat*, el imperio de la ley a menudo se veía restringido por prácticas policiales y burocráticas arbitrarias. El derecho al voto se limitaba al 27 por ciento de la población adulta, en un retorno a la ley electoral de 1913. Salvo en poblaciones que tenían fueros municipales, el voto se ejercía en público en lugar de ser secreto. La aristocracia terrateniente controlaba la mayoría de los hilos del poder. Se prohibió el Partido Comunista y se impusieron restricciones a los socialdemócratas. El parlamento ejercía poca influencia. La figura política dominante de la década de 1920, el conde István Bethlen, un noble transilvano que había perdido sus propiedades ancestrales en lo que ahora es Rumania, consiguió restaurar cierto grado de paz social y estabilizar la moneda después de una catastrófica hiperinflación, pero su objetivo a largo plazo —la revisión del Tratado de Trianón— excluía toda posibilidad de relaciones armoniosas con los vecinos húngaros de la Pequeña Entente.

Así como Hungría pudo alardear de cierto grado de paz interna después de la agitación del período inmediatamente posterior a la guerra, Bulgaria se sumió en una vorágine de violencia política. En 1923, el primer ministro, Alexadŭer Stamboliiski, un popular líder campesino, fue asesinado en un golpe de estado militar que recibió, como mínimo, la aprobación tácita del rey Boris. Tras cortarle al dirigente las orejas y las manos, llevaron su cabeza a Sofía en una caja de hojalata. En 1925, los elementos extremistas del Partido Comunista pusieron una bomba en la catedral de Sofía, matando a 128 fieles y provocando una sangrienta respuesta de la derecha en la que perecieron miles de elementos de tendencia izquierdista, entre ellos muchos intelectuales. Durante gran parte del período, la Organización Revolucionaria Macedonia Interna (ORMI), una combinación de bandidos, ultranacionalistas y anarquistas, se dedicó a realizar ataques criminales que provocaron disputas entre Bulgaria, por un lado, y Grecia y Yugoslavia, por otro.

Entre los estados sucesores, Polonia encabezó el descenso hacia el autoritarismo. La política polaca a lo largo del período de entreguerras se vio dominada por el conflicto entre los partidarios de Piłsudski y los de Roman Dmowski. Piłsudski, antirruso acérrimo, era más nacionalista que demócrata; aunque al principio había abrazado el socialismo, se distanció de dicha ideología en los años posteriores. Recibió apoyo en especial del ejército y su movimiento acabó degenerando en años posteriores en un militarismo autoritario. Dmowski, antigermano a ultranza, al principio había defendido la autonomía polaca dentro del imperio ruso en lugar de la independencia; pero su movimiento Nacional Demócrata o «Endek» se vio distorsionado por una tendencia xenófoba y antisemita, y el líder acabó siendo tan nacionalista como su rival y apenas más demócrata. La cuestión de las minorías contribuyó a la extremada fragmentación de partidos que caracterizó la política polaca, aunque también se ha dicho que fue el resultado de actitudes oposicionistas surgidas antes de 1914 entre los políticos polacos de las tres particiones. Para eliminar el sesgo contra los partidos pequeños en el sistema electoral, a menudo los partidos de los alemanes, rusos blancos, ucranianos y judíos concertaron pactos electorales, al igual que hacían otros grupos. En 1925, al menos 32 partidos estaban representados en el Sejm (la cámara baja

del parlamento). Todos los gobiernos polacos de entreguerras dependieron de las coaliciones gubernamentales. En mayo de 1926, Piłsudski se hizo con el poder en un golpe de estado que contó con apoyo militar. Piłsudski gobernó Polonia, de hecho, hasta su muerte en 1935, si bien durante gran parte del período sólo tuvo el título oficial de ministro de la Guerra. Si bien se mantuvo una fachada de gobierno parlamentario, durante el resto de la segunda república polaca el ejército fue el verdadero depositario del poder. El ejemplo polaco fue seguido en diciembre de 1926 por Lituania, donde un levantamiento militar destituyó al gobierno constitucional e instaló un régimen de extrema derecha.

Hubo un país que sí consiguió en los años veinte reinventarse y llevar a cabo una revolución cultural y social transformadora. Fue Turquía, que, bajo el liderazgo de Mustafá Kemal, pasó por una transición decisiva en la que se alejó de su pasado imperial. Después del Tratado de Lausana y el fin del intercambio de población con Grecia, Turquía se dispuso a convertirse en un estado seglar y nacional. Las instituciones del antiguo imperio fueron sustituidas y totalmente reformadas. Turquía fue declarada república. Se abolieron el sultanato y el califato. La capital se trasladó de Constantinopla a Ankara, en Asia Menor, lo que en principio, aunque no geográficamente, fue un paso hacia Europa, y no un distanciamiento. El islam dejó de ser la religión oficial; los tribunales islámicos y las demás instituciones religiosas perdieron casi todo su poder. Se introdujeron el calendario occidental y el día de descanso. Se adoptó el código civil suizo, con ciertas variaciones, como la ley del suelo. Se incorporaron nuevos códigos penales y mercantiles de estilo occidental. El alfabeto latino sustituyó al árabe en la lengua escrita, por lo que en una generación casi todos los turcos dejaron de tener acceso a los libros turcos impresos antes de la guerra. Se prohibió el fez y se recomendó a los hombres llevar sombreros de fieltro de ala ancha o panamás. Las mujeres se mostraron más reacias a abandonar el velo. Por otro lado, se concedió a las mujeres la igualdad absoluta y muchas mujeres urbanas de clase media cursaron estudios secundarios y universitarios, además de adoptar las modas europeas. Todos los turcos estaban obligados por ley a tener un apodo; Mustafá Kemal se llamó Kemal Atatürk («Padre Turco»). La república turca fue una «democracia guiada» más que un sistema político liberal. El ejército, en tanto máximo árbitro político, conservó bastante poder. La revolución de Atartürk se topó con la resistencia de los tradicionalistas y se llevó a cabo a costa de cierto grado de intromisión en las libertades civiles, incluidas la limitación de la libertad de expresión, la represión sangrienta de los levantamientos kurdos y, en algunos casos, la ejecución de opositores ahorcándolos en público. Pero en comparación con otras revoluciones europeas de la primera mitad de siglo, estos excesos fueron escasos. Atatürk se preocupó desde el principio de mantener buenas relaciones con la Rusia soviética y convirtió en axioma de la política exterior turca no aspirar a recuperar territorios no turcos que antes habían estado bajo dominio otomano. Por lo tanto, interna y externamente, fue una revolución bastante pacífica. El contraste con otra futura revolución desde arriba fue tan instructivo como doloroso.

El fascismo

La llegada al poder del fascismo en Italia en 1922 anunció el derrumbamiento de la democracia en casi todo el sur, el centro y el este de Europa en el período de entreguerras y se debió a causas parecidas: desbarajustes económicos, una reacción extrema desde la ley y el orden ante la actividad revolucionaria de la izquierda, la ruptura en tiempos de guerra de los vínculos sociales y el descontento en la posguerra por los amargos frutos de la paz. Italia, además, como muchos de los estados sucesores, era un sistema político nacionalizado imperfectamente cuyas instituciones nunca habían arraigado con firmeza. Aparte de las pequeñas minorías alemanas y eslovenas incorporadas en tiempos de paz, Italia era uno de los estados de Europa con una nación más homogénea. Pero también era de los que estaban más profundamente divididos por el regionalismo y el localismo. Muchos creían que los ideales del *Risorgimento* de Mazzini y Garibaldi habían degenerado hacia la corrupción y la ineficacia.

Como otros países, Italia padeció las dificultades de la adaptación económica a los tiempos de paz. Las clases medias se vieron sacudidas por la inflación: la lira perdió dos tercios de su valor entre marzo de 1919 y diciembre de 1920. El malestar industrial generalizado, la ocupación de fábricas y los disturbios y las revueltas sindicalistas en el norte de Italia en 1919-1920 alarmaron a las fuerzas del orden. El estamento político liberal, ahora representado por Giovanni Giolitti, un piamontés, había dominado la política italiana desde la unificación. La antigua estrategia liberal de *trasformismo* (originariamente un término para referirse a la creación de coaliciones) acabó considerándose una manera de practicar manipulaciones cínicas y el amiguismo. En las elecciones de 1919 y 1921, los liberales perdieron votos, llevándoselos los socialistas y los *Popolari*, un nuevo partido católico dirigido por un sacerdote, Luigi Sturzo. También los fascistas entraron en el parlamento por primera vez, aunque sólo con 35 escaños. Se formó y cayó un gobierno débil de coalición tras otro. Cundió una desesperación general ante el sistema parlamentario, lo que allanó el camino a un demagogo dispuesto a prometer soluciones fáciles. Todos los sectores del espectro político italiano compartieron la responsabilidad de crear las condiciones que permitieron el ascenso de Mussolini al poder. Todos pagaron caras las consecuencias: más de dos décadas de despotismo arbitrario, imprevisible y a menudo brutal.

Hijo de un herrero de pueblo, Benito Mussolini era un antiguo periodista socialista convertido en un violento defensor de la guerra contra Austria. Zafio, bruto, exhibicionista y a veces bufón, Mussolini era un aventurero impulsivo cuya energía de periodista y dotes oratorias lo lanzaron a la política nacionalista. Su lema era «*Vivere pericolosamente*» (¡Vive peligrosamente!). Desdeñaba a su propio pueblo: «una raza de ovejas».[28] En cuanto a sus colegas políticos, estaban «todos podridos hasta la médula».[29] De hecho, despreciaba a la humanidad en general. Ensalzaba el culto a la violencia, exhibía una pose machista y alardeaba abiertamente de haber cometido violaciones. «La acción», sostenía, era deseable por sí misma, «incluso cuando está mal».[30] En su primer discurso como miembro de la Cámara de Diputados, el 21 de junio de 1921, Mussolini aludió a lo que llamó «la guerra civil». «Para nosotros —de-

claró—, la violencia no es un sistema, no es una forma estética, y aún menos un deporte. Es una dura necesidad a la que debemos someternos.»[31]

¿Cómo pudo semejante embaucador llegar al poder en un país civilizado? Mediante el uso de la fuerza: el ascenso fascista al poder fue un golpe de estado seudoinstitucional, en el que se empleó la amenaza o la promesa de violencia para captar apoyo e intimidar a la oposición. Mediante argucias: Mussolini se confabuló con partidos políticos respetables y al mismo tiempo tramó su caída. Mediante la teatralidad: el fascismo introdujo una nota de melodrama en la retórica política y una emoción semejante a la sed de sangre del cazador en la actividad política de sus primeros partidarios. Mediante la vil sumisión de la clase política: pese a su retórica revolucionaria, la izquierda se achicaba ante una insurrección real; la respetable derecha al principio no se opuso a los métodos brutales de Mussolini, pensando que el líder restauraría el orden y luego les permitiría hacerse con el poder.

Como expresión de un solipsismo hipernacionalista, el origen del fascismo podía encontrarse en algunos elementos del *Risorgimento* y en el ambiente de *sacro egoismo* durante la guerra. El malestar nacionalista debido a las escasas ganancias adjudicadas a Italia por los pacificadores, consideradas una recompensa mísera tras los inmensos esfuerzos del país durante la guerra, se vio avivado por la hazaña de D'Annunzio en Fiume, que pareció dar un ejemplo de lo que se podía conseguir mediante la aplicación de métodos violentos a los problemas políticos.

Como conjunto de ideas, el fascismo era una racionalización primitiva del gangsterismo más que una filosofía política en el sentido convencional. No ofrecía una teoría coherente de la sociedad ni un programa político consecuente. No representaba a ninguna clase social en particular ni a un conjunto de grupos de interés, salvo en el sentido de que se presentaba como atento defensor del orden ante los revolucionarios socialistas y sindicalistas. Por otro lado, rechazaba los principios liberales, el parlamentarismo, la libertad intelectual y el estado de derecho.

Sin embargo, muchos se sintieron atraídos por el fascismo. Prometía acabar con la hipocresía del sistema de prebendas de Giolitti, restaurar el orden en la sociedad y la economía, reproducir la gloria del imperio romano. A los ex combatientes les atrajo toda su palabrería sobre la disciplina; a los jóvenes, las oportunidades para practicar un gamberrismo autorizado, la hipérbole de la propaganda fascista y el espíritu de dinamismo que parecía infundir el movimiento.

Los primeros *fasci* (literalmente, «haces», recordando los *fasces* de la antigua Roma: un haz de bastones con un hacha en medio, acarreado por los lictores como emblema de autoridad) se habían organizado durante la guerra como grupos de nacionalistas muy beligerantes. Después de la guerra, los fascistas y los *arditi* (literalmente, «temerarios», tropas de asalto) reclutaron a ex soldados y estudiantes, con un enfoque parecido al de los Freikorps alemanes. En marzo de 1919, Mussolini convocó un congreso nacional de Fasci di Combattimento en Milán. Sólo asistieron unas pocas docenas de personas. Las primeras propuestas políticas fascistas incluyeron varios elementos aparentemente radicales: impuestos sobre el patrimonio, la jornada laboral de ocho horas para todos, la expropiación de las propiedades de la Iglesia, un salario mínimo y la participación de los obreros en la gestión industrial. Pero en noviembre de 1921, estas ideas socialistas habían dado paso a un énfasis en el nacionalismo. Dejó de hablarse de la expropiación de las propiedades eclesiásticas. Se rechazaron los principios de la «llamada Sociedad de Naciones» y se reafirmó el papel de Italia como «baluarte de la civilización latina en el Mediterráneo».[32] Un programa agrario fascista diseñado en 1921 rechazó la distribución de tierras entre los campesinos y reivindicó, en cambio, la reorganización de los latifundios en forma de unidades económicas eficientes.

Pero en el caso de los fascistas, lo importante, más que lo que decían, era lo que hacían. Cuando el país se deslizó hacia una guerra civil incipiente en 1920 y 1921, *squadristi* de jóvenes matones fascistas, sobre todo en el valle del Po, la Toscana, Umbría y Apulia, apalearon a socialistas y clericalistas, disolvieron reuniones de opositores, interrumpieron huelgas e intimidaron a funcionarios. Su pretensión de que se limitaban a restaurar el orden social convenció a muchos elementos de la policía y el ejército. Captando la atención con esta clase de proezas, los fascistas pronto dejaron de ser un movimiento marginal para convertirse en una fuerza política nacional.

En octubre de 1922, los fascistas se apoderaron de una serie de ciudades de provincias y Mussolini retó a sus opositores a que reprimieran el movimiento por la fuerza o lo nombraran primer ministro. Los políticos liberales y el rey Víctor Manuel III vacilaron, proclamaron el estado de sitio y luego lo retiraron, y al final cedieron. La llamada «Marcha sobre Roma», con la llegada en tren del *Duce* y sus partidarios (lámina 12), fue un ejemplo típico de la creación de mitos fascista. Hubo poca resistencia: la mera amenaza de fuerza demostró bastar para asustar y someter a la maquinaria estatal. Mussolini formó un gobierno de coalición que incluyó a *Popolari*, unos cuantos liberales, nacionalistas, así como a fascistas. Se adjudicó los cargos de primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores y ministro del Interior. Luciendo la camisa negra del movimiento, fue investido por el rey a quien, al parecer, declaró: «Majestad, vengo del campo de batalla, afortunadamente incruento».[33]

En su primer discurso ante la Cámara como primer ministro, el 16 de noviembre, Mussolini exigió plenos poderes. Su partido todavía ocupaba una pequeña minoría de escaños; no obstante, recibió un voto de confianza de 306 parlamentarios y 116 votos en contra, oponiéndose manifiestamente tan sólo los socialistas y los comunistas. Pronto se dispuso a convertir el estado liberal en una dictadura. Una nueva ley electoral de 1923 estableció que el partido con el mayor número de votos, siempre y cuando recibiera más del 25 por ciento, ocuparía dos tercios de los escaños de la Cámara. En las elecciones generales de abril de 1924, las intimidaciones y la presión oficial aseguraron la victoria fascista. Muchos dirigentes liberales siguieron apoyando a Mussolini, e incluso Benedetto Croce, el pensador liberal más respetado de Italia, instó a respaldar a los fascistas. «Mussolini es ahora nuestro prisionero», dijo a modo de justificación.[34] No tardó en lamentar este error garrafal. A partir de ese momento, el parlamento se convirtió en un mero sello.

Pocas semanas después de las elecciones, el líder socialista, Giacomo Matteotti, fue apresado en Roma por una banda fascista y asesinado.

Mussolini fue acusado de complicidad. Diputados de la oposición se retiraron de la Cámara en señal de protesta y se instalaron en el monte Aventino, el antiguo *ager publicus* de la *plebs*. Pero la «Secesión Aventina» no hizo más que sellar la suerte del sistema parlamentario. El 3 de enero de 1925, en lo que fue, incluso tratándose de él, un discurso extraordinariamente desvergonzado, Mussolini informó a los pocos diputados que quedaban: «Declaro ante esta asamblea y ante todo el pueblo italiano que asumo, yo solo, la responsabilidad política, moral e histórica de todo lo sucedido».[35] El asesinato representó un momento decisivo en la historia del fascismo. A partir de entonces ya no hubo marcha atrás. En octubre de 1925, el Partido Socialista fue prohibido. Cuatro atentados contra Mussolini en 1925-1926 fueron la excusa para suprimir todos los partidos de la oposición que quedaban. La poca oposición restante fue seducida, reprimida, neutralizada o empujada al exilio interno o en el extranjero. El liberal Francesco Nitti, el comunista Palmiro Togliatti y el socialista Pietro Nenni huyeron del país. Don Sturzo recibió orden del Vaticano de abandonar Italia. A los *fuorisciti* (exiliados) se unieron intelectuales antifascistas, en especial el director de orquesta Arturo Toscanini (que había simpatizado con los fascistas a principios de la década de 1920 pero se había convertido en un opositor implacable), el físico Enrico Fermi, el historiador Gaetano Salvemini y sus discípulos Carlo y Nello Rosselli. Los hermanos Rosselli fundaron el grupo antifascista Giustizia e Libertà. Los dos fueron asesinados posteriormente por grupos de la extrema derecha francesa. Sin embargo, la mayoría de los profesores universitarios, periodistas y escritores del país se adaptaron de una manera u otra al nuevo régimen. En noviembre de 1926, importantes personajes comunistas, encabezados por Antonio Gramsci, fueron detenidos. Éste pasó el resto de sus once años de vida en la cárcel (al final en un hospital bajo vigilancia), escribiendo sus famosas *Lettere dal carcere*.

Italia se había convertido en una dictadura de un solo partido. Mussolini consolidó su poder en el Partido Fascista, marginando a rivales importantes como Italo Balbo. Se contuvo a la Mafia y luego se la disolvió. Se amplió el poder de la policía, permitiéndole detener, registrar y deportar arbitrariamente. Se prohibió la masonería, que Mussolini detestaba especialmente. En 1925, los fascistas ya controlaban de hecho toda la prensa italiana, aunque los periódicos socialistas y comunistas mantuvieron una existencia discreta bajo la censura hasta 1926. El director liberal del *Corriere della Sera*, Luigi Albertini, que había acabado lamentando su apoyo inicial a Mussolini, fue destituido. Los programas escolares fueron revisados para incluir el adoctrinamiento fascista. Los libros de texto de historia se vanagloriaban del nuevo orden: «El estado fascista es, pues, *totalitario*, porque aspira a impregnar a toda la nación. De ahí procede la máxima de Mussolini: "Todo para el estado, nada fuera del estado, nada contra el estado"».[36]

En sustitución de las instituciones desacreditadas del estado liberal, Mussolini inventó organismos nuevos: un Gran Consejo Fascista, diseñado para actuar como puente entre el partido y el gobierno; una milicia, formada por los *squadristi*, y un «Tribunal Especial para la Defensa del estado» para juzgar a los opositores políticos. Los jefes de partidos locales o *ras* (término que se tomó prestado de Etiopía), como Carlo Scorza en Lucca o Roberto Farinacci en Cremona, acumularon poder suficiente para convertirse en pequeños déspotas locales. La organización Dopolavoro («después del trabajo») intentó organizar y reglamentar las actividades de ocio de los italianos. Se habló mucho de la supuesta eficacia de este estado nuevo y reconocidamente totalitario. Pero, en líneas generales, Mussolini gobernó a través de la administración pública y las instituciones existentes, a veces, como en el caso de OVRA, la policía secreta, adaptándolas a sus objetivos concretos. Aparte del pequeño inconveniente de la ausencia de libertad política, a la que de todos modos muchos italianos no daban gran valor tal y como había sido en la Italia liberal, la vida cotidiana para la mayoría de la gente no cambió mucho. Eso al principio.

La política económica fascista era una confusa mezcla de proteccionismo, intervencionismo estatal e ideas neoliberales que carecían de coherencia y contenido. Mussolini insistió en que la agricultura debía tener prioridad sobre todos los demás sectores de la economía: en 1925, se introdujo un arancel sobre el grano y se declaró la «guerra del trigo». Subieron tanto los precios como la producción. Pero también aumentaron las rentas agrarias, de modo que la mayoría de los campesinos, que en cualquier caso consumían gran parte del trigo que cultivaban, se empobrecieron aún más. Asimismo, para responder a los elevadísimos objetivos de producción de Mussolini, a menudo se destinaron al trigo tierras inadecuadas, abandonando otros cultivos más productivos. Se llevaron a cabo ambiciosos planes de recuperación de tierras, anunciados a bombo y platillo. Algunos, como el drenaje de los pantanos de la llanura pontina, tuvieron éxito, pero en su mayor parte pertenecían más al ámbito de la propaganda que de la economía. En 1927, la lira volvió al patrón oro; sobre todo por razones de prestigio, se le asignó un valor muy por encima del real. La *quota novanta* (el tipo de cambio de 90 liras la libra) perjudicó las exportaciones italianas, incrementó el desempleo y aceleró la tendencia hacia la política de «autarquía» adoptada en la década de 1930. Los sindicatos de izquierdas fueron sustituidos por otros bajo control fascista. Se suprimió el derecho de huelga. Una «estructura corporativista», que unía el capital y la mano de obra, debía gestionar la economía y fue anunciada como un gran logro fascista destinado a acabar con el conflicto de clases. Pero detrás de la fachada del «corporativismo», la estructura capitalista de la industria permaneció intacta, reforzada por una severa disciplina laboral.

La política exterior de Mussolini fue ruidosa, agresiva, grandilocuente y ostentosa, pero a menudo sacrificó intereses reales en la búsqueda de victorias propagandísticas. En septiembre de 1923, Mussolini aprovechó la excusa del asesinato de un general italiano para enviar tropas a Corfú; no las retiró hasta que Grecia accedió a pagar una indemnización. (Grecia captó el mensaje: desafió a su vez la presión internacional para devolver catorce pueblos fronterizos que le había arrebatado a Albania.) En 1924, los italianos, incumpliendo las obligaciones contraídas por medio del tratado, se anexionaron Fiume. A modo de compensación, Yugoslavia recibió la mayor parte de los aledaños de la ciudad. Pero a pesar de las cuantiosas subvenciones italianas y las lucrativas operaciones de contrabando, la prosperidad tardó en volver al anti-

guo puerto húngaro. En febrero de 1929, Mussolini se aseguró su mayor logro diplomático: la firma del Pacto de Letrán entre el Vaticano y el reino de Italia señaló por primera vez el mutuo reconocimiento de ambos estados: la «cuestión romana», que había entorpecido las relaciones entre los dos desde 1871, quedó por fin resuelta. Los católicos se reconciliaron con el régimen. El papa Pío XI llamó a Mussolini «el hombre de la Providencia».[37] A finales de la década de 1920, Mussolini practicó una política de alineamiento con los estados partidarios del revisionismo, Hungría, Austria y Bulgaria, en contra de la Pequeña Entente. Los resultados fueron mínimos. Hasta la década siguiente, Mussolini no descubrió a un poderoso aliado, forjado a su propia imagen, que primero salvó a su régimen y después lo llevó, junto con la mayor parte de Europa, al desastre.

5

La depresión y el terror 1929-1936

Esto sucedió cuando sólo los muertos sonreían,
regocijados de verse libres de todo mal.
Y Leningrado pendía de sus cárceles
como un brazo innecesario.

«Réquiem»
ANNA AJMÁTOVA, Leningrado, 1935

El desplome económico

El crac de la Bolsa de Wall Street ocurrido en octubre de 1929 dio inicio a la peor depresión internacional de todos los tiempos, por la que Europa sufrió consecuencias no sólo económicas, sino también políticas y sociales a largo plazo. El hecho de originarse la crisis en Estados Unidos reflejó la nueva geografía económica del mundo después de la Gran Guerra. Estados Unidos, además de haber sustituido al Reino Unido como centro financiero internacional, tenía a finales de la década de 1920 una producción de bienes manufacturados superior a la de toda Europa junta. También iba a la cabeza en la aplicación de nuevas tecnologías y métodos de gestión en muchas áreas de la industria. Si bien las economías europeas padecieron el desplome en distintas medidas y en diferentes etapas, la Depresión fue más bien una crisis del sistema capitalista mundial en su conjunto.

Aunque el crac de Wall Street fue el punto de partida más claro del desplome económico, no fue la causa fundamental de la catástrofe. De hecho, no hubo una única causa. Se han propuesto varias. Entre éstas, se considera que el retorno al patrón oro de Gran Bretaña y otras grandes potencias industriales es posiblemente el mayor culpable. Otros elementos de la explicación incluyen: la depresión agrícola iniciada antes del crac de Wall Street; los efectos de la crisis causada por las reparaciones y las deudas de guerra; cambios en la composición de la producción, en particular, el declive de industrias antiguas y el crecimiento de otras nuevas productoras de bienes de consumo duraderos especialmente propensas a las fluctuaciones cíclicas; el desempleo estructural en Gran Bretaña y Alemania en la década de 1920, y